RENDIRSE A LA OBLIGACION.

COMEDIA FAMOSA,

DE DON DIEGO, Y DON JOSEPH DE CORDOVA, Y FIGUEROA,
Cavalleros de la Orden de Alcantara, y Calatrava.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Federico.
Don Fernando.
Chichon, Gracioso.
Margarita.
Porcia.
Principe Enrique.
Carlos, Duque de Borgoña.
Alberto, Viejo.
Belardo, Jardinero.
Don Juan.
Musicos.
Dos Pilotos.

JORNADA PRIMERA.

Ruido de Tempestad, y dentro Don Fernando.

D. Fern. A Ta de essos verdes troncos
los Caballos, y busquèmos
donde ampararnos, Chichon,
de la tempestad.

Salen Don Fernando, y Chichon.

Chic. Reniego
de las Nubes, que assi arrojan,
preñadas de horror, y miedo,
mares de agua, y de granizo;
grande año de Taberneros,
si esto ha caido en Madrid.

Fern. Dexa la chanza, y busquèmos,
si por aquestos contornos
alguna Cabaña, ò Pueblo
assegura nuestras vidas:
camina, pues. *Chic.* Yo recelo,
señor, que has perdido el juicio,
pues no adviertes, que nos vemos
sin guia, norte, ò camino,
perdidos entre lo espesso
deste emmarañado bosque,
en un Paìs Estrangero,
de quien el rumbo ignoramos,
de noche, yà sin aliento
los Caballos; y assi, en tanto
que cessa el agua, podèmos
debaxo de estas encinas:

Fern. Aguarda, que à los reflexos
de aquel relampago he visto,
sino me engaño, un sobervio,
un sumptuoso edificio,
que desmoronado à trechos,
vivo exemplo de los dias,
caduco padron del tiempo,
puede ampararnos. *Chi.* Bien dices,
que à la luz de otro Lucero
deslucido, de quien tienen
su noble origen los truenos,
le he visto yo. *Fern.* Pues Chichon,
sigue mis passos. *Chic.* El perro

de Tobias, y San Roque
nos sigue. *Fern.* Y à lo que veo,
hemos llegado à sus puertas,
digo à su entrada, supuesto,
que solo el quicio dà señas
de que las huvo. *Chic.* San Telmo,
y que boca tan obscura,
parece Dama del tiempo,
que à puro pedir los dientes
se le han caido. *Fer.* Sigueme, pues.
Entranse, y salen por otra parte.
Chic. Yà te sigo,
mas si hablo verdad, yo llevo
un miedo como una casa.
Fern. Pues de què tienes el miedo
yendo conmigo? *Chic.* Yà sabes,
que desde tamaño temo
las cosas de la otra vida,
y en estos Casares viejos
suele haver Duendes, Fantasmas,
Leones, Demonios, muertos,
y Dueñas en pena, que
para purgar sus enredos,
sus chismes, y sus mentiras,
piden Missas. *Fern.* Calla, necio,
que essos son cuentos de viejas.
Ruido de cadenas dentro.
Chic. No son de viejas los cuentos,
sino verdad infalible;
pues anda el Demonio suelto
al ruido de estas cadenas:
Ay que golpazos! yo pienso,
que he de pagar sin deber
lo que no como, ni ceno,
siendo yo tus aventuras.
Fern. Què temeroso, què horrendo
ruido de cadenas! oyes,
Chicon? *Chic.* No señor, que tengo
chamuscado los oidos
con las centellas, y fuego
que estos eslabones forman,
y para encender, es cierto,
que la cera, y el pàvilo
se han de hallar en mis greguescos.
Fern. Parece que àzia esta parte
se acerca. *Chic.* San Nicodemus,
San Agapito, San Cosme,
San Pascasio, San Fulgencio,
y todo el Credo me valga:
Ay, que el alma de un Cochero,
que pena el haverlo sido;
y anda à diestro, y à siniestro
dando vueltas, y revueltas
con un azote de fuego,
me ha calcado por detràs,
imaginando, y creyendo,
que soy Mula de la guia!
Señor, què aguardas? busquèmos
la puerta, y vamos de aqui.
Fer. El que es noble nunca ha buelto
las espaldas al peligro:
yo he de apurar el secreto
de este ruido, aunque aventure
la vida. *Chic.* Yo que no tengo,
para vèr matar un pollo,
valor, ni animo, confiesso,
que es impossible seguirte.
Fern. Pues vete, cobarde, luego,
y esperame en este bosque;
pero aguarda, que el reflexo
de una luz aqui se acerca:
àzia este lado esperèmos
el fin de aquesta aventura.
Retiranse, y sale Federico vestido de pieles, cubierto el rostro, arrastrando cadenas, con una hacha en la mano, que pone en el tablado.
Fed. Hasta quando hado severo,
para perseguirme solo
tendràs fixo el movimiento?
Ay, Margarita, divina,
què lexos estàs, què lexos
de dàr alivio à mis penas!
mas si ignoras, que al imperio
de tu hermosura he rendido
alma, vida, y pensamientos:
de què me quexo? ha fortuna!
para què permite el Cielo
la vida à los desdichados?
Mucho se tarda Laurencio,
y yo estoi: pero dos hombres,
al parecer Estrangeros *Vè à los dos.*
(ay de mi) son los que miro.
Fern. Valgame todo mi aliento!
Chic. Jesus que cara de cafre!
Fed. Si se descubre el secreto

cor-

corre peligro mi vida:
la induſtria con el esfuerzo
me ha de valer. *Fern.* Aunque late
el corazon en el pecho,
aſſultado à tanto aſſombro,
no ha de ceder, no, mi aliento
à tal prodigio. *Fed.* O voſotros,
que ignorando los ſecretos
prodigios de eſte Caſtillo,
con errado pie haveis pueſto
en eſte ſitio las plantas,
ſalid de eſte ſitio luego,
y no irriteis mi furor,
ſi no quereis que en el centro
de la tierra os dèn mis brazos
urna, pyra, y monumento.
Chic. Yo ſin detenerme un punto
me irè, como el ſeñor muerto
nos dè pan, y callejuela.
Fern. Yo no, pues fiando à mi aliento
mi noble reſolucion,
y à eſte circulo pequeño
de eſta guarnicion, que imita
à aquel Sagrado Madero
que obrò nueſtra redempcion,
no he de dexar eſte pueſto,
ſin ſaber primero, como
con voz humana, y con cuerpo
en eſte lugar aſsiſtes.
Y aſsi, de parte del Cielo
te requiero, que me digas,
què cauſa, razon, ò intento
te obliga à que eſtès aqui?
Fed. No preſumido, y ſobervio
ſolicites impoſsibles,
ſino quieres ſer tropheo
con tu muerte de mis iras.
Fern. Si acaſo eres, que no creo,
alma que pena ſus culpas,
con ſufragios, y con ruegos
piadoſos te darè alivio:
mas ſi eres, à lo que pienſo,
hombre como yo: eſtos brazos,
eſte valor, eſte acero
han de apurar lo que he dicho.
Fed. Yo entre los mios primero
ſabrè quitarte la vida. *Luchan.*
Fern. Raro valor!
Fed. Grande esfuerzo!
por Dios, que eres invencible.
Fern. Mal ſabes el ardimiento
de un Cavallero Eſpañol.
Fed. Luego tu, ſegun advierto,
ſuſpende los brazos, eres
Eſpañol, y Cavallero?
Chic. El alma es preguntadora.
Fern. En aqueſſe inſtante meſmo
hemos llegado de Eſpaña.
Fed. Pues yà recatar no quiero
mi calidad, patria, nombre,
ni mis deſdichas, ſupueſto
que en la lealtad Eſpañola,
vive ſeguro mi empeño.
Fern. Bien puedes de mi fiarte,
y mano, y palabra ofrezco
de ſer tu amigo leal
mientras viva. *Fed.* Yo la aceto.
Fern. Proſigue, pues. *Fed.* Yà proſigo.
Fern. Que yà eſcucho. *Fed.* Eſtame atento:
Yo generoſo Eſpañol,
(aunque eſte trage groſſero
me encubre) ſoy Federico,
hijo del Rey Clodoveo
de Napoles, que con juſta
aclamacion goza el Reyno
mas fertil de toda Italia,
logrando, prudente, y cuerdo,
en la fé de ſus Vaſſallos
aquel cariño, y reſpeto
que de amado, y de temido
dàn à un Principe ſupremo
nombre immortal, que vincùla
eterno à ſu mano el Cetro.
Vivia en Napoles yo,
ſin haver ſentido el fuego
de amor, ni ſus tyranias,
ocupado en el honeſto
exercicio de los libros,
del bridon en el manejo,
del negro acero en las lineas,
de la caza, en el experto
aparato de la guerra,
y finalmente, en aquellos
graves, y heroicos motivos,
que toman los nobles pechos
para exercitar iguales

el valor con el ingènio.
Quando acaso (que los males
suelen venir sin pretexto)
llegò à Napoles un dia
cierto Pintor Estrangero,
de grande opinion, y fama,
y llevaba algunos lienzos
al Rey mi Padre, que siempre
tuvo à la pintura afecto.
Entre ellos (ay de mi triste!)
iba un Retrato tan bello
de una muger, que los ojos
recelaron, y temieron,
que fuesse idèa, y no copia,
pues en humano sugeto,
al parecer, no cabian
juntos tan raros estremos
de hermosura, y perfeccion,
tanto, que yo amante, y ciego,
pues al verla la dì el alma,
mudo entre el amor, y el miedo,
creì turbado, y confuso
averme rendido à un lienzo.
De què original, le dixe,
procede el hermoso cielo
de esta copia? à que responde:
este divino sugeto
es Margarita, Duquesa
de Bretaña, cuyo Imperio
compite con su hermosura,
siendo de tan alto empleo,
pretendientes en su Corte
mil Principes forasteros,
que solicitando todos
tener tan hermoso dueño,
la festejan, y enamoran
en licitos galantèos
con mil diversos festines.
Y de aqui à un mes ha dispuesto,
en defensa de su gala,
unos sobervios tornèos
delante de su Palacio,
dando al vencedor en premio
una Corona de perlas,
ò diamantes, cuyo precio
vale una Ciudad. Yo entonces
rendido à tan noble objeto,
sin darle cuenta à mi Padre,
una noche, en el silencio
de las sombras, me embarquè
solo con un Escudero,
en una nave Española,
que llevando à popa el viento
favorable, nos conduxo
en breves dias al Puerto
de la Ciudad de Bretaña,
patria, oriente, alvergue, y centro
de la hermosa Margarita;
donde disfrazado llego,
y me informo, que entre tantos
pretendientes forasteros,
era el mas dichoso Enrique,
hermano del Rey Fisberto
de Francia, pues merecìa
en publico los honestos
favores de Margarita,
y que acabando el tornèo
serìa su digno esposo:
A cuya noticia ciego,
como zeloso, propuse
solicitar mi remedio
con la lanza, y con el puño;
procurando en los tornèos
quitarle la vida à Enrique.
Salgo à campaña encubierto,
donde sus tiendas tenian
todos los Aventureros,
hasta el señalado dia,
haviendo visto primero
à la hermosa Margarita,
disfrazado, en los festejos,
que en su Palacio se hacian,
donde hallè, que el pincèl necio
hizo agravio à su belleza,
pues al mirar sus luceros,
era su hermosura mas,
quando su destreza menos.
Llegò del tornèo el dia,
y armado de limpio azero,
matizado el fuerte arnès
de azùl, amarillo, y negro,
colores que publicaban
desesperacion, y zelos:
sobre un Caballo de Frigia,
tostado Alazan, que al eco
de la caxa, y el clarin

iba

iba danzando, y moliendo
la corpulenta eſtatura,
monte animado, tan dieſtro
en la carrera, y el torno,
que al medir fuerte, y ligero
los terminos de la valla,
excediò dos elementos;
al Viento con la herradura,
y con el relincho al Fuego.
Me preſentè en el Palenque
entre los Aventureros,
que eran de una parte, y de otra
los Corteſanos ſoberbios;
que con el dichoſo Enrique,
ſu Caudillo, al miſmo tiempo
iban entrando en la tela,
bizarramente compueſtos
de motes, plumas, y galas;
partiòſe el Sol à los ecos
del Clarin, y los Jueces,
dexando igual el terreno,
nos puſieron frente à frente.
Aqui la pluma de Homero
quiſiera para pintarte
el valor, el ardimiento
de los brioſos Caballos,
y valientes Cavalleros,
que hechos yunques en las ſillas,
à tanto fornido encuentro,
de las yà deshechas lanzas
cubrian de horror el Cielo,
de negro vapor el Sol,
los Aſtros de polvo denſo,
la tierra de eſpuma, y ſangrè,
y el ayre de horror, y miedo.
Deſta ſuerte mantenian
Naturales, y Eſtrangeros,
en igual grado el valor,
quando yo atrevido, y ciego
buſcaba à Enrique, y el hado
(que para ſer mas adverſo,
ſuele ſer mas favorable)
me le puſo junto à el meſmo
mirador de la Duqueſa
ſobre un Andaluz overo
de una nube Cordoveſa,
relampago, rayo, y trueno.
La lanza en riſtre le buſco,
y èl al mirar mi denuedo,
ſe cubre del fuerte eſcudo;
partimos los dos à un tiempo,
mas como yo le llevaba,
por zeloſo, amante, y ciego,
tan conocida ventaja,
no fue mucho del encuentro
venir à la blanca arena,
confeſſando deſde luego,
que allì no le derribò
mi valor, ſino mis zelos.
Cayò, en fin, y tan mortal
quedò en la tierra, que el Pueblo
creyò ſer muerto, y à voces
pide venganza à los Cielos.
Llega la guarda à prenderme,
ayudada del esfuerzo
de los fuertes Corteſanos:
los nobles Aventureros
en mi defenſa ſe ponen,
buelveſe à encender el fuego
de la batalla mas vivo;
y yo en tan crecido rieſgo,
ſolo vèr à la Duqueſa
deſmayada ſobre el pecho
de una criada ſentia.
Ibaſe el dia cayendo
ſobre los montes vecinos,
y la noche con ſu velo
las ſombras formaban, quando
arrimando con aliento
al Caballo las eſpuelas,
mas volando, que corriendo,
ſalgo al campo, llego al ſitio,
donde eſperaba Laurencio
mi Eſcudero, y ſin penſar,
por la ſenda de un otero
à aqueſte boſque llegamos,
y à eſte Palacio, que el tiempo
deſmantelò con ſus iras,
que fue, ſegun me dixeron,
en la Corte, muchos años
albergue, Quinta, y recreo
de los Duques de Bretaña,
haſta que el Duque Leonelo,
Abuelo de la Duqueſa,
falleciò en el trance fiero
de una ſangrienta batalla,

quedando desde aquel tiempo
yermo inhabitable, y solo,
por ser caso verdadero,
que las guardas deste bosque,
los Pastores, y los mesmos
que habitaban el Palacio,
diversas veces oyeron
quexarse al difunto Duque,
arrastrando por el suelo
gruessas horribles cadenas:
Yà sea verdad, yà cuento
fabuloso, esto bastò
para dexar desde luego
todo el sitio yermo, y solo,
sin que pie humano aya buelto
à poner aqui sus huellas.
Yo desesperado, viendo,
que dexar la tierra, fuera
cobardìa, me resuelvo
à habitar este Palacio,
y para estàr encubierto,
Laurencio traxo estas pieles,
y cadenas con que intento
ser conocido de nadie,
fingiendo el horror, que el miedo
acreditò en este sitio,
y desde un Lugar pequeño,
que dista de aqui una legua,
con el natural sustento
viene à verme cada dia,
de quien supe, que mi encuentro
no quitò la vida à Enrique,
y que apaciguò el sangriento
combate en bolver en sì,
llevandole el Conde Alberto,
Valido de la Duquesa,
à Palacio, donde luego
con medicinas suaves,
y lo que serà mas cierto,
con sus favores, quedaba
libre del passado riesgo,
y que esta noche (ay de mi!)
con aclamacion del Pueblo,
y Nobleza, celebraban
(solo de pensarlo tiemblo)
sus bodas: quedè mortal,
y furiosamente ciego,
desesperado, y zeloso,
esta misma noche intento
hallarme en un gran sarao,
que segun dixo Laurencio,
se hace en Palacio à sus bodas,
donde la Nobleza, y Pueblo
pueden hallarse en la fiesta
(costumbre antigua del Reyno)
con mascaras disfrazados,
para morir, yà que muero,
con el alivio, la pena,
con la gloria, el sentimiento,
el pesar, y el alegria,
con la rabia, y el consuelo
de vèr la hermosa Duquesa
Margarita; pues no siendo
de nadie aqui conocido,
entre el tumulto bien puedo
aventurarme à este lance,
porque de una vez el pecho
acabe con tantas penas,
tantas dudas, y tormentos,
congoxas, ansias, pesares,
y desdichas, pues muriendo
tan obediente à sus ojos,
cumplirè con el afecto
de perder à Margarita,
y en mi corazon à un tiempo
cessarà el tropèl confuso
de ira, amor, embidia, y zelos.

Fern. Raro sucesso! Yo estoi
de escucharte tan suspenso,
generoso Federico,
que à responderos no acierto.
Solo buelvo à dàr palabra
de morir al lado vuestro,
siguiendo vuestras fortunas.

Fed. Yo con los brazos aceto
tan generosa promessa,
y de amigo verdadero
os doi la palabra, y mano.
Y en tanto, que mi escudero
llega à este sitio, decidme
quien sois, y con què pretexto
vuestra Patria haveis dexado?

Fern. Yo soi, Federico Excelso,
Don Fernando de Mendoza,
noble rama, que desciendo
del tronco del Infantado,

Ma-

Madrid es mi Patria, centro,
y Corte del Leon de España,
donde prospero, y contento,
rico, y bien quisto vivia
entre aquellos devanèos,
que la noble juventud,
en licitos passatiempos,
libre se consagra al ocio,
sin rienda, pero con freno.
Viniendo, pues, una noche
de cierta casa de juego
à deshora, oigo una voz,
que con un blando ceceo,
desde una ventana baxa
me llamaba: yo atendiendo,
que era la voz de muger,
cortès à la rexa llego,
y pregunto si era à mi?
Llegando à este mismo tiempo
por estotro lado un hombre,
que desnudo el blanco acero
me acomete valeroso,
tan presto, que apenas puedo
poner mi vida en defensa.
Saco la espada, y tan luego
nos estrechamos los dos,
que de aquel choque primero,
sin alma yà mi enemigo
midiò de una punta el suelo.
Y en fin, turbado, y confuso
de tan extraño sucesso,
sin conocer la muger,
ni saber con què pretexto
me llamaba à tales horas:
en un Convento resuelvo
retraerme aquella noche,
tan absorto, y tan suspenso
de la impensada desdicha,
que aun no hice reparo atento
en las señas de la casa.
Supe otro dia, que el muerto
era Don Diego de Luna,
un ilustre Cavallero
de Madrid, donde tenia
nobles parientes, y deudos
poderosos, y que hacia
la Justicia grande esfuerzo
sobre hallar el agressor.
Yo, pareciendome intento
temerario no bolver
la espalda à tan grande riesgo,
determino de passar
à Flandes; y del Convento,
solo con esse Criado,
salgo una noche encubierto;
passo corriendo la posta,
la noble Vizcaya, y entro
en la Francia por Isùn,
corro la Borgoña, y llego
al Ducado de Bretaña,
donde en este bosque espesso
esta tarde nos perdimos,
y à este Palacio me acerco,
huyendo la tempestad,
que visteis, donde el sucesso
feliz, Principe famoso,
de haveros hallado à tiempo
de assistir à vuestro lado
à todo trance, le ofrezco
al templo de mi fortuna,
que venciendo mis deseos,
ni pudo obligarme à mas,
ni yo cumpliera con menos,
que perder à vuestro lado
la vida en servicio vuestro.

Fed. Otra vez aquestos brazos,
noble Fernando, te buelvo,
confirmen nuestra amistad,
y pues tan varios sucessos
en este sitio nos juntan,
no sin providencia, creo,
que he de mudar de fortuna
à vuestro lado. *Fern.* Yo pienso,
que su rueda ha de caer
à vuestros pies por tropheo.

Chic. O yo he de quebrar un exe,
para que su movimiento
no pueda ofenderos mas.

Fed. Aguarda, que yà Laurencio
con esta seña me avisa,
que ha llegado à aqueste puesto:
sigueme Fernando.

Fern. Vamos, gran señor,
y quiera el Cielo
dolerse de tus desdichas:
todo lo vence el esfuerzo.

Fed.

Fed. Vuestro valor me assegura.
Fern. Seguro estais con el vuestro.
Fed. Por mì vais à un gran peligro.
Fern. Yo en tal caso no aconsejo
à mi amigo, sino es
con la lengua del acero.
Fed. Ha quien pudiera pagaros
tan generosos afectos!
Fern. Ha quien tuviera poder,
de haceros hermoso dueño
de la hermosa Margarita.
Chic. Ha quien se hallàra tan lexos
de essas aventuras, como
la mano de un despensero
de no sisar, no arañar,
y de emendarse, poniendo
en el peso, y la medida,
medida, conciencia, y peso!
Vanse, y salen la Duquesa Margarita, Porcia, y otras Damas.
Porc. De tu tristeza me espanto.
Marg. Ay Porcia, que mi passion,
si la ignora la razon,
no la desprecia mi llanto:
pues quanto alegre, y ufana,
quando mis dichas publique,
esposa (ay de mi!) de Enrique
he de ser, no sè què vana
ilusion, què fantasia
mi pecho turbado assulta,
que de nada el alma gusta.
Porc. No le usurpes la alegria
al prado, si se repara,
que faltando tus primores,
se marchitaràn las flores
sin el Abril de tu cara.
Buelve à tu rostro divino
el nacar, y tus enojos
restituyan à tus ojos
las luces.
Marg. En mi destino
grandes males considero,
el discurso traigo loco,
quanto miro, quanto toco,
es un presagio, un aguero,
con que mi adversa fortuna,
embidiosa de mi dicha
me previene una desdicha.
Porc. No dès à tan importuna
tristeza credito, y mira,
que llega yà à este jardin
el prevenido festin.
Marg. A este lado te retira,
y la mascarilla puesta
(corazon dissimulèmos)
à que empiecen esperèmos.
Salen el Principe Enrique, y hombres, y mugeres con mascarillas muy bizarros, y Musicos.
Cria. Gran noche, señor, gran fiesta;
no vì concurso mayor.
Enriq. Yo le huviera perdonado
por haverme desposado,
que es muy colerico amor.
Y el que ama espera, en fin;
si tarda se desespera,
la gloria que amando espera:
mas yà empiezan el festin.
Comienzan el festin, danzando al son de la Musica:
Music. A las bodas felices, y alegres
del Sol de Parìs, y la flor de Bretaña,
con vistosos compasses se mueven
almas, corazones, galanes, y damas.
O què firmes ocupan el viento
airosos los cuerpos, ligeras las plantas,
obstentando bizarros, y ayrosos (las,
la fé en el cariño, y el gusto en las ga-
suspended los ojos, recread las almas!
obstentando mayores finezas,
al passo que forma mayores mudãzas.
Mientras cantan esto, dicen los versos siguientes Federico, y Margarita, al tomarse las manos en los lazos del festin.
Fed. Aunque trae cubierto el rostro,
esta es Margarita, salga
mi afecto de mi silencio.
Ha bellissima tyrana!
si matas, para què obligas?
si obligas, para què matas?
Marg. Con quien hablais, Caballero?
Fed. Con el dueño de Bretaña.
Marg. Ved que os haveis engañado.
Fed. Nunca se engaña quien ama.
Marg. Pues esso no es del festin,

mi-

mirad, que errais las mudanzas.
Fed. Còmo ha de poder mudarse
un alma que os idolatra?
Marg. Advertid que escucha el Duque.
Fed. Ya me ha visto en la campaña,
y sabe lo que es mi brazo.
Marg. En ira el pecho se abrasa;
este es el traidor aleve,
que derribò en la estacada
à mi esposo: ola, Soldados,
cesse el festin: ola, Guardas
de Palacio, acudid presto,
y sin que ninguno salga
de aqui, se descubran todos,
que una traicion no pensada
hai en Palacio encubierta.
Enr. Quien à tu belleza causa
tales extremos? *Marg.* Enrique,
un traidor, que aqui se halla.
Enr. Pues què aguardais? descubrios.
Descubrense todos menos los tres.
Todos. Ya lo estamos à tus plantas.
Fed. Menos los tres, que es preciso
guardar ahora las caras,
y pedir el passo franco.
Enr. Còmo, si el rostro recatas,
de aqui has de salir no siendo
por los filos de mi espada?
Fed. Esso es lo que yo deseo;
pues con tu muerte se acaban
mis tormentos, y mis penas.
Fern. A tu lado estoi, què aguardas?
Enr. Mueran los traidores.
Apaga Federico las luces con la espada, y entranse riñendo.
Fed. Muera
el que usurpò à mi esperanza
el cielo de Margarita.
Marg. Sin vida voi, y sin alma,
pague la pena, pues tuve
la culpa de esta desgracia. *Vase.*
Denr. Muerto soi, valgame el Cielo!
Otro. Coged el passo no salgan
del jardin, que el Duque es muerto.
Salen los tres.
Fed. Por aquesta puerta falsa
del jardin, que la Duquesa,
para que el Pueblo se hallàra,
y Nobleza en el festin,
aquesta noche diò franca,
entre el confuso tumulto
podrèmos salir.
Fern. Què aguardas? vamos, pues.
Fed. Seguidme todos. *Vanse.*
Salen dos Marineros.
1. El màr ha estado en bonanza,
pero ya el viento refresca,
y està la Nave cargada
de ropa, y de passageros.
2. Pues à què, Patron, aguardas?
vamos al Esquife. 1. Espera,
y verèmos en la playa
si alguno quiere embarcarse,
que à mas moros mas ganancia:
y quizà tendrèmos lance
con la prisa. *Salen los tres.*
Fed. Pues la traza
dice, que sois Marineros,
decid, si acaso se halla
en la playa algun Navio,
que esta misma noche salga
del Puerto? 1. Mi Nave, amigo,
con las velas levantadas
està yà para surgir;
pero el viage es à España,
y el precio ha de ser subido
por estàr ya tan cargada,
que ya no aguarda mas buque.
Fed. Los tres yà de camaradas
à España hacemos viage:
sea esta cadena paga
del passaje, vamos presto.
1. Bien està; pero me falta
saber si es oro, ò alquimia.
Chic. Esso se sabrà mañana
en los Plateros del mar.
Fed. No dudeis, que el que la esmalta
es oro; y puesto que vàn
en vuestra Nave empeñadas
nuestras personas, podreis
ir seguro. 1. Esto me basta,
que pareceis gente noble;
llega el Esquife à la playa,
y vamos à bordo.
Todos. A bordo.
Fed. A Dios hermosa Bretaña,

y quiera Dios que algun dia,
para fin de mis desgracias,
buelva con la vida à verte,
el que en ti se dexa el alma. *Vanse.*

Sale Alberto viejo, Senescal, y Belardo, Jardinero.

Alb. La Duquesa mi señora,
despues del triste sucesso
de anoche, que con excesso
toda Bretaña le llora,
quiere venirse à esta Quinta,
sin que el motivo sepamos,
que de flores, y de ramos,
el Mayo lucido pinta;
y el mar con ondas suaves,
sin tener mas ossadìa,
besa de esta galerìa
los duros marmoles graves
de sus puertas, desde donde
suele salir con sus Damas,
surcando montes de escamas
à essa playa, que responde
à la Ciudad, por el Puerto;
y oy me avisò, que vendria
por aquesta galerìa
en sus Gondolas, y es cierto,
que yà no puede tardar.

Bel. Todo està yà prevenido
como me haveis advertido:
venga su Alteza; que el mar
quieto en sus espheras sumas
la espera entre sus raudales,
por Nimpha de sus crystales,
por Diosa de sus espumas.
Y yo que soy Jardinero,
de estos floridos pensiles,
pienso darle mil Abriles,
en ramilletes que espero
componer con nudos fieles,
aunque son intentos vanos,
siendo jazmines sus manos,
siendo sus labios claveles,
que por Dios, que su belleza
es de todos alegria.

Alb. Su grave melancolìa,
y su profunda tristeza;
con mil desvìos ingratos,
que sus males acrecientan,
mas cada dia se aumentan.

Bel. A esse achaque llaman flato
los Medicos, disparate,
que el alma, y juicio enmaraña,
y se dice, que de España
vino con el chocolate.

Ruido dentro de Barcos, y remos.

Mas los remos nos avisan
de que ya su Alteza llega
à la Quinta. *Alb.* A recibirla
quiero salir à estas puertas,
que el mar con sus ondas bate.

Salen la Duquesa, y sus Damas, vestida de luto, y Criadas de acompañamiento.

Mar. Ay de mi! que tantas penas
aun no me quitan la vida!
Cielos, ò vengad mi ofensa,
ò dadme la muerte. *Alb.* Ya,
como vuestra Alteza ordena,
para Reyna de sus flores
aquesta Quinta os espera,
alegre, y vana de vèr,
que la Primavera venga
duplicada à sus Paises,
bien que de sus flores bellas
fia el primor, y cultura,
menos del Aura alhagueña
del Mayo, que dà el contacto
breve de las plantas vuestras.

Mar. Haveis convocado, Alberto,
(como ordenè) la Nobleza,
y Pleve? *Alb.* Ya estàn aqui,
y en la Antecamara esperan
vuestras ordenes. *Mar.* Decidles,
que entren.

Salen los mas que puedan.

1. Denos vuestra Alteza
las plantas. *Mar.* Alzad del suelo.
Y porque no estè suspensa
la Corte: Bretaña, el mundo,
sabed, que à esta Quinta amena
me he retirado, vassallos,
con intento, pues tan cerca
està de la Corte, que
no faltarè à la tarèa
del politico govierno,
de no salir mas de ella,

ni mudar aqueste trage
funesto, hasta que resuelta
tome la justa venganza
de mi agravio, y de mi afrenta.
Y por mi grandeza, juro
por el Cielo, y las Estrellas,
y por el Sagrado Author,
que aquestos astros govierna,
de jamàs tomar estado,
ni mirar las luces bellas
del Sol, con alegre rostro,
en tanto, que la cabeza
de aquel aleve traidor,
que diò muerte en mi presencia
(rabio al decirlo) à mi esposo,
despojo infame no sea
de mis iras à mis plantas,
para que la fama pueda
las quatro partes del mundo
correr, y desta promessa
darle noticia à los hombres,
pues el que tuviera estrella
(siendo Noble) de lograr,
dandole la muerte fiera
à aquel traidor, mi venganza,
gozarà sin competencia
de mi estado, de mi mano,
que aunque es dificil la empressa,
pues nadie al traidor conoce,
ni hay en mi Corte quien pueda
decir que le ha visto el rostro,
no hai cosa que estè encubierta
del ingenio, y del valor,
porque nada se reserva
del tiempo, y de la fortuna;
y assi podràn: mas por estas
ventanas, que el mar registran,
dos Naves miro estrangeras,
que por diferentes rumbos
surcando en sus ondas crespas
montes de rizada espuma,
vienen corriendo tormenta,
forzejando contra el viento,
pero yà llegan tan cerca,
que se escuchan sus clamores.

Dentro desde el màr.

1. Hiza el Trinquete, y la Vela
mayor amayna, Piloto,
hiza la Cevadera, y Entena,
que nos perdèmos.
2. Socorrenos, Virgen bella.

Dentro Carlos Duque de Borgoña, y Doña Juana, à un tiempo por diferentes partes.

Carl. y Juana. Valedme, Cielos Divinos.
Marg. Yà sin Timon, y sin Velas,
y zozobrada la Quilla,
chocando entre aquellas peñas,
se han ido à pique: ay, Alberto!
haced que con diligencia
partan mis Gondolas luego,
y recojan los que puedan
en tan misera fortuna.
Alb. Voy à hacer lo que me ordenas;
pero dos jovenes miro,
que dilatando la fiera
muerte, entre las crespas olas,
àzia esta parte se acercan:
socorredlos, entretanto,
que lo que manda su Alteza
voy à executar.

Vase Alberto, y salen arrojados del Mar desnudos, Carlos Duque de Borgoña, y Doña Juana vestida de hombre, por diferentes lados.

Carl. y Juana. Fortuna,
mil veces beso la tierra,
con que mi vida redimes!
Porc. Què desdicha!
Marg. Què tragedia!

Llega Porcia al Duque, y otra Dama à Doña Juana, y à un tiempo les dicen:

Porc. Mirad, que os està esperando,
Estrangeros, la Duquesa
de Bretaña, llegad presto.
Carl. Què escucho! de nuevo intentas
favorecerme, fortuna;
pues si es Margarita bella
la primer cosa que encuentro,
quando disfrazado à verla
de mi Reyno me ha traido
la fama de su belleza,
felìz al presagio anuncia

mi dicha.

Juana. A las plantas vuestras,
gran señora, mi fortuna,
ya favorable, y no adversa,
pues me arroja à vuestros pies,
pone mi vida, y en ella
(si el infeliz tiene vida)
empeña vuestra grandeza
amparar un desdichado.
Ay, D. Fernando, que ciega, *ap.*
de la muerte de mi hermano,
fue fuerza dexar hacienda,
honor, y patria por ti.
Pues viendome ya sujeta
à la calumnia del vulgo,
de mi Patria à la sospecha,
aquella infelice noche,
huyendo de la violencia
con que amenazò mi vida,
viendo ya que no le queda
otro recurso à mi fama,
que ser tu esposa, resuelta
en tu seguimiento vengo,
por si mi honor, mis finezas,
y mi cariño te obligan.

Carl. Yo, señora: su belleza *ap.*
aun es mayor que su fama;
no infeliz ya, pues la esphera
de tanto Sol favorece
mi vida, de mi tragedia
doi gracias à la fortuna,
puesto que à vuestra presencia
me trahe lisonjera, donde
no solo en mi rostro sella
la obligacion de serviros,
sino me ofrece alhagueña
seguro puerto à mis ansias,
gloria immortal à mis penas,
dulce alivio à mis peligros,
y bonanza en la tormenta.

Mar. Alzad del suelo, y decid
quien sois. *Sale Alberto.*

Alb. Ya quedan señora en tierra
los miseros navegantes,
sin que ninguno en las crespas
ondas perdiesse la vida.

Juana. Yo, bellissima Duquesa
de Bretaña, soi un noble
Español, à quien la adversa
suerte, por una desgracia
socò de su patria mesma,
que en essa ligera Nave
iba à assistir à las guerras
de los Flamencos Paises,
quando la borrasca fiera
que haveis visto, me arrojò
à este sitio, porque tengan
dichoso fin mis desdichas.
Ay, Fernando, quien creyera, *ap.*
que sin que tu me conozcas,
sin que descuidado sepas
mi sèr siguiendote vengo
como à Norte, como à Esphera
de mi honor, y de mi vida!

Carl. Yo, obedeciendo à tu Alteza,
(hasta saber su intencion, *ap.*
encubrirà mi cautela,
que soi de Borgoña Duque)
soi el Conde de Turena
Alexandro de Valois,
que con cartas de creencia,
y una solemne embaxada
iba à tu Corte Suprema
de parte del Duque Carlos
de Borgoña, à quien su lengua
dà la fama de atrevido
(para aclamar sus proezas)
le dà renombre immortal,
porque en las lides sangrientas,
y en los marciales encuentros,
delante de sus hileras
es el primero de todos,
que haciendo su fama eterna,
ossado la lanza empuña,
y altivo el bridon maneja.
Y puesto que favorables
los hados à tu presencia
tan sin pensar me han traido
luego que tu gusto sea
podràs oìr mi embaxada.

Mar. En esta ocasion no fuera
agassajo el escucharos;
descansad, que en la primera
Audiencia sabrè del Duque
la intencion.

Carl. Con què prudencia,

y severidad responde! *ap.*
Mar. Y vos, puesto que à la tierra
A Juana.
derrotado haveis venido,
tendreis amparo, y defensa
en mi piedad generosa,
ya prosiguiendo la empressa
que os sacò de vuestra Patria,
ò quedando con decencia
en mi Corte.
Juana. Mas silencio
en mi obligacion reserva
el justo agradecimiento
de tanto favor; ò quiera *ap.*
dolerse el Cielo de mi!
Mar. Conde Alberto.
Alb. Què me ordena
vuestra Alteza?
Mar. Que lleveis
à vuestra posada mesma
al Conde Alexandro luego,
para que descanse en ella
de las passadas fortunas,
y juntamente os entrega
mi piedad à esse Español,
pues corre ya por mi cuenta
su amparo.
Alb. Venid los dos.
Juana. Amor. *Mar.* Venganza.
Carl. Cautela.
Jua. Que en tal estado me has puesto.
Mar. Que tanto en mi pecho reinas.
Carl. Que à tanto Sol me conduces.
Jua. Pues soi ya tu prisionera.
Mar. Pues mi ofensa te consagro.
Carl. Pues conoces mis finezas.
Jua. Ampara mi honor perdido.
Mar. Mis nobles iras alienta.
Carl. Favoreced mi esperanza.
Jua. Para que Fernando sepa
lo que à mi fineza debe.
Mar. Para que logre mi ofensa
satisfacion de su agravio.
Carl. Para que mi industria pueda
conseguir à Margarita.
Los tres. Y à tan generosa empressa,
ni la estorve la fortuna,
ni se opongan las estrellas.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Federico, y Don Fernando de Hortelanos, con espadas, y capotillos, y Chichon.

Fed. Gracias al Cielo, Fernando,
que pisamos esta tierra,
despues de tantas fortunas,
aflicciones, y tormentas,
como en el mar padecimos.
Fern. A la suerte agradeciera,
gran Federico, el que estèmos
en Bretaña, quando en ella
tan evidente peligro
vuestra vida conociera.
Fed. Yo por mi parte, Fernando,
agradecido à mi estrella
estoi, porque quando el hado
contrario à mi vida sea,
què mayor bien, què fortuna
mayor havrà que perderla
de Margarita à los ojos?
Chic. Tu has dado en gracioso tema:
señores, que haya en el mundo,
quando hai gorronas que ruegan,
quien se ande por imposibles!
Bien haya España mi tierra,
donde à poca costa encuentro
à la luz de una Taberna,
Princesas, que son fregonas,
fregonas, que son Princesas.
Fed. En efecto, yo no puedo
vivir un punto sin verla;
y assi à Bretaña me buelvo;
como à centro, y como esphera
donde està mi Sol divino,
donde està mi Aurora bella.
Chic. Mira por un solo Dios,
que no hai muchacho de escuela,
ni niño de la Doctrina,
que de memoria no sepa;
y que no diga: en España
cayò la Gran Princesa de Bretaña;
y si ella cayò, como dicen,
en que estèmos aqui, cierta
es nuestra muerte. *Fed.* Chichon,
la

al Cielo le agradeciera
essa dicha; y assi elijo,
en dos linages de penas,
mas morir de estarla viendo,
que no morir de no verla.
Ayer en su Corte entramos,
y ayer supimos en ella
(ay Cielos!) que Margarita,
despues de hacer las exequias
de su esposo, airada, y triste,
vive en una Quinta amena,
retirada de la Corte,
con tan profunda tristeza,
con rencor tan invencible,
que olvidada de sì mesma,
promete su hermosa mano,
à quien me mate, ò me prenda,
como sea Noble; y que andaban
buscando con diligencia
Jardineros, que sirviessen
de pulir la estancia bella
de unos hermosos Jardines,
donde divierte su pena:
Mudèmos trage, y vestidos,
por si consigue mi estrella,
que los dos de Jardineros
la sirvamos, porque fuera
de que nadie nos conoce,
despache, con diligencia,
à Napoles à Laurencio,
avisando de esta empressa
al Rey mi Padre, Fernando,
para que su Armada venga,
y costeando estos mares,
estè à la mira en defensa
de nuestras vidas, pues como
esta prevencion, y esta
cautela se logren, pienso
despues de tantas tragedias,
bolver de nuevo la vida
à mi yà esperanza muerta.

Chic. Està bien: mas dì, señor,
yo que no he entrado en la huerta,
què he de hacer? *Fed.* Mira, Chichon,
si tu pudiesses con ella
introducirte. *Chic.* Yo, còmo?

Fern. Si tu quieres, agudeza
tienes para todo. *Fed.* Advierte,
Chicon::: *Chic.* Lo que chichonea.

Fed. Que si alguna traza buscas
te ha de valer esta empressa
ser rico toda tu vida,
pues grande fortuna fuera
tenerte siempre à su lado,
siendo una espìa secreta,
que de todo me avisasse.

Chic. Dexame pensar, què treta
buscarè, que no me valga
chichones en la cabeza;
ser bufon, es cosa fria;
pero, ha buen Chichon! topèla:
no dicen, que à visitarla
de sus continuas tristezas
diversos Medicos vienen
de Flandes, de Inglaterra,
y de otras partes? *Fed.* Es cierto.

Chic. Pues no se hable en la materia.

Fern. Necio, si Latin no sabes,
en las juntas que se ofrezcan,
còmo has de hablar? *Chic.* Los Doctores
en las juntas de mi tierra,
hablan siempre de sus mulas,
y con echar dos sentencias
de Galeno, y de Esculapio,
que el Demonio las entienda,
uncias quatro, caparrosa,
farmacopola, epidemia,
sicorum mirabolamos,
clistel, berrois, que en mi lengua,
todo aquesto decir quiere,
pepinos, y verengenas;
con hacerla dos sangrias,
y que la frieguen las piernas,
que me maten si en dos dias
no la pongo sana, y buena.

Fed. Toma esta cadena, y vete,
que yà estamos à la puerta
de la Quinta. *Chic.* Pues à Dios,
que voi à comprar con ella
un sortijon, y una mula,
pues solo en aquestas prendas
consiste de los Doctores
el artificio, y la ciencia. *Vase.*

Fern. La puerta de los Jardines
imagino que està abierta:
entrèmos.

Entran por una puerta, y salen por otra.
Fed. Hermoso sitio!
Fern. Què magestad, què grandeza
muestran Estatuas, y Fuentes!
Fed. Aguarda, Fernando, espera,
porque un hombre viene alli,
ayude amor mi cautela.
Sale Bel. La Duquesa mi señora,
para divertirse en fin,
quiere baxar al jardin,
y me hacen gran falta ahora
Tirso, y Llorente, que à fé,
que con cuidado servian,
y los quadros componian,
y oy es preciso que estè
con aliño, y con primor
todo este hermoso Vergel,
por dàr la Duquesa en el
Audiencia al Embaxador
de Borgoña, al qual le he dado
una llave del Jardin,
que es muy galante, y en fin
sus doblones le ha costado,
para venir al terrero
estas noches à parlar
con las Damas, y à gastar
necedades, y dinero.
Amantes, los què os andais
en tan imposible emplèo,
de què os sirve? Mas què veo?
à quien, hidalgos, buscais?
Fed. Por noticia, que he tenido,
señor, de otros compañeros,
que buscan dos Jardineros,
yo, y mi hermano hemos sabido,
y asi venimos los dos,
con grato, y sencillo pecho,
por si somos de provecho
para este oficio. *Bel.* Por Dios,
que me parecen honrados, *ap.*
y ha sido fortuna estraña:
de què tierra sois? *Fern.* De España.
Bel. Animos cria alentados:
què os forzò à dexar la tierra?
Fern. De nuestro oficio advertir
la poca medra, y seguir
los aplausos de la guerra;
pero como la fortuna
es varia, aunque la buscamos
mi hermano, y yo, no la hallamos;
y asi à la primera cuna
se buelven nuestros ardores,
creyendo de su rigor,
que viviremos mejor
entre exercitos de flores.
Bel. Què nombre teneis aguardo?
Fern. Ayuda mi intento amor: *ap.*
Celio me llamo, señor.
Fed. Y yo me llamo Lisardo.
Bel. De suerte, què bien sabrà
vuestra maña, y vuestro asseo
cuidar de aqueste recreo?
Fed. La experiencia lo dirà.
Bel. Alto, ya estais recibidos;
y asi, no hai sino empezar
à servir, y trabajar;
y estad los dos advertidos,
que es buena ocasion ahora
la que la fortuna os dà,
porque en esta Quinta està
la Duquesa mi señora,
que como de aquestas Fuentes
invenciones fabriqueis,
y las flores adorneis
con aliños diferentes,
cuidando de estos amenos
quadros, que Abril matizò,
podeis obligarla. *Fed.* Yo *ap.*
me contentàra con menos.
Bel. La soldada que os daràn
à cada uno cada dia
(y corre por cuenta mia)
es real y medio, y un pan.
Aqui tendreis sin engaño,
zapatos cada tres meses,
y vestido cada un año,
vino que un candil atiza,
leña quanta se quisiere,
sin los provechos que os diere
la fruta, con la hortaliza.
Oìd à parte.
Sale Doña Juana de hombre.
Juvna. Mis penas,
y mis ansias à este sitio
me traen, pues la soledad,
es de la tristeza alivio,

que-

buena me has puesto fortuna,
pues haviendo ya sabido
(ay de mi) que Don Fernando
no està en Flandes, en servicio
de la Duquesa me tienes,
buscando amparo, y abrigo
en su grandeza. Ay Fernando,
què lagrimas, què suspiros
no me cuestas, sin que pueda,
à costa del dolor mio,
encontrarte, ni atraerte
al imàn de mi cariño!
O si mi afecto supiera!
Mas, Cielos, què es lo que miro?
es ilusion, es encanto,
es fantasia, es delirio?
No es D. Fernando aquel hombre,
que toscamente vestido
està con Belardo hablando?
estoi loca, estoi sin juicio?
Còmo es posible, que una alma
pueda engañar un sentido?
assi averiguarlo quiero:
ha hidalgo? *Fern.* Es à mi?
Juana. A vos digo:
èl es, Cielos! y yo estraño
la causa que le ha traido
à Bretaña en este trage:
mas apurar sus designios
intentarè. *Fern.* Què mandais?
Juana. La primera vez que os miro
en los Jardines es esta:
y assi quisiera:: *Fern.* Decidlo.
Jua. Saber quien sois? ay fortuna *ap.*
tan estraña! *Fern.* Con deciros,
que otro compañero, y yo
en aqueste instante mismo
nos hemos acomodado
para adornar este sitio,
arboles, quadros, y fuentes,
à todo os he respondido.
Juana. El nombre?
Fern. Celio es mi nombre.
Jua. De què tierra? *Fern.* Nunca olvido,
ni niego mi Patria, España.
Juana. Cielos, hablarle es preciso,
y no hai ocasion ahora!
esto ha de ser: yo he venido
à traheros un recado
de una Española, que vino
à ser Dama de su Alteza,
y que oy està en su servicio:
desde aquestos miradores
os viò passar; y ha sabido,
Celio, que sois Español,
à cuya causa me dixo,
que porque tiene que hablaros,
en estando recogidos
en la Quinta, baxarà
à buscaros à este sitio,
encargandoos que sin falta
esteis en èl, advertido
de que es cosa que la importa,
y ahora porque he sentido
que su Alteza al Jardin baxa,
es ausentarme preciso;
à Dios os quedad: Fortuna,
buscarè luego un vestido *ap.*
de muger, y baxarè,
entre estas flores, y mirtos
à celebrar mi ventura;
pues hallado un bien perdido,
ya ni temo tus mudanzas,
ni me afligen mis peligros. *Vase.*
Fern. Cielos divinos, que oì!
Ay novela mas estraña!
Con tal trage, y en Bretaña,
quien puede buscarme à mi?
Vive Dios, que he apurar
este enigma, y he de vèr
à essa Española muger.
Bel. Ea, hijos, à trabajar,
mirad, que ay mucho que hacer,
è importa la brevedad:
los azadones tomad,
Dà los azadones.
y empezad à componer
estos quadros; pero allì,
amor en tantos desvelos,
la Duquesa viene. *Fed.* Ay Cielo,
duelete una vez de mi!
Ponense à cabar los dos, apartase à un lado Belardo, y sale la Duquesa de luto, y Alberto, Senescal, Flora, y Damas.
Senesc. Los memoriales, señora,
como me ordenaste oy,
trai-

traigo à ſu Alteza. *Duq.* No eſtoi
para deſpachar ahora:
dexadme. *Seneſc.* Rara triſteza!
Duq. Seneſcal: de pena muero!
Sen. Señora. *Duq.* Leed el primero.
Seneſc. Aqui ſuplica à tu Alteza.
Duq. Què decìs? *Sen.* El memorial.
Duq. No os acabè de advertir,
que ninguno quiero oìr?
Sen. Yo entendì:: *Duq.* Entendiſte mal;
bueno es querer vos, que aqui
entre mil anſias mortales
eſtè yo en los memoriales,
no acertando à eſtàr en mi.
Ay, Enrique! quien pudiera,
à coſta de mi dolor,
vengarte de aquel traidor,
que à mis ojos muerte fiera
te diò, por vengar en èl
mi irritado corazon,
la mas horrenda traicion,
y el delito mas cruel
que viò el mundo. *Flor.* Gran ſeñora,
por Dios que alegrarte intentes
entre eſtas flores, y fuentes.
Duq. En mi no hai alivio, Flora.
Flor. Haſta eſtàr triſte aſſegura
aplauſos à tu belleza,
que al paſſo de tu triſteza
và creciendo tu hermoſura.
Duq. Liſonjas, Flora? *Flor.* Señora,
negarlo fuera traicion.
Duq. Aquellos hombres quien ſon?
Bel. Dos Jardineros, que ahora
acabo de recibir. *Duq.* Llamadlos.
Fed. Ay, ſoles bellos! *ap.*
Duq. Por vèr ſi puedo con ellos
mi triſteza divertir.
Bel. Ola, Mancebos, llegad,
ved que ſu Alteza os aguarda.
Fed. Tanta dicha me acobarda:
dadnos las plantas. *De rodillas.*
Duq. Alzad. *à Federico.*
Bel. Eſte ſe llama Liſardo,
y eſte Celio; hermanos ſon. *à Fern.*
Flor. Y el tal Celio, en concluſion,
es brioſo, y es gallardo. *ap.*
Duq. De donde ſois?
Fed. En Eſpaña
nacimos ſin duda alguna.
Duq. Y decidme, què fortuna
traxo à los dos à Bretaña?
Fed. Verme en mi patria morir.
Duq. Puedo la cauſa entender?
Fed. Aunque la querais ſaber,
yo no os la ſabrè decir.
Duq. Tanto os empacha el ſecreto?
Fed. Delante de vos no sè
como lo diga. *Duq.* Por què?
Fed. Me turba vueſtro reſpeto.
Duq. Ya mi licencia teneis;
y fuera de que os la doi,
me advertìs. *Fed.* Sin mi eſtoi!
baſta que vos lo mandeis.
Duq. Era pobreza en rigor
lo que me encubres ahora?
hablad claro. *Fed.* No ſeñora.
Duq. Pues què era? decidlo. *Fed.* Amor.
Duq. Amor fue la cauſa? pues,
y eſſo os tuvo emmudecido?
Fed. Què rhetorica ha podido
decir lo que el amor es?
Duq. Què, en vos tambien hai firmeza?
De què os turbais? *Fed.* En rigor,
de haver nombrado el amor
delante de vueſtra Alteza.
Duq. No vì lenguage tan raro, *ap.*
tan corteſano, y diſcreto:
y en fin, quien era el ſugeto?
Porque, ſi mal no reparo,
os pudo correſponder:
decidme quien era ya.
Fed. Una muger. *Flor.* Claro eſtà,
que un hombre no havia de ſer.
Duq. Tal rato tener no eſpero. *ap.*
Flora, eſcucha por tu vida,
que me tiene divertida
el amor del Jardinero:
era hermoſa?
Fed. El que eſtà amando
ſiempre el ſugeto encarece:
lo era tanto, que parece,
que ahora le eſtoi mirando:
en fin, aleve, y tyrana,
ſolo por quererla entiendo;
que oy me eſtà aborreciendo.

Duq. Vos la olvidareis mañana:
pero queriendola asi,
còmo tan tibio os mostrais,
y en España la dexais?
Fed. Què sabeis vos si està aqui?
Duq. Què no he tenido, sospecho, *ap.*
mejor rato, aqui? no sè
còmo puede ser? *Fed.* Porque
siempre la traigo en mi pecho.
Duq. Decid, sabreis componer
essos quadros que mirais?
Fed. Si vos al Jardin baxais,
què tiene el arte que hacer?
ocioso ha de ser al tiempo
cuidar de este sitio, quando
al passo que vos pisando,
và la tierra floreciendo.
Todo este vulgo de olores
solo à vuestra vista crece,
y este sitio os obedece
como à Reina de las flores.
Del Aurora al arrebol
os haràn mis manos fieles
ramilletes de claveles,
pastillas que quema el Sol.
Narcisos del hombre vanos,
presentaros mi fe intenta;
los jazmines haced cuenta
que los teneis en las manos.
Esto os ofrezco, y en fin,
como llegue alegre à veros,
harè mucho, y no en bolveros
lo que vos dais al Jardin.
Sale 1. Criado. Un Medico, gran señora,
que me parece en la traza
Español, y por las señas,
la figura mas estraña
que he visto, te quiere hablar.
Duq. Decidle que entre: tyranas
memorias, què me quereis?
Sale Chichon de Medico gracioso.
Chic. Paz sea en aquesta casa:
que aunque es Jardin, en nosotros
esta es la entrada ordinaria:
quien es aqui mi señora
la Duquesa?
Senesc. Què ignorancia!
la que mirais. *Chic.* Soi un puerco:
Dadme, señora, essas plantas,
y tened à mucha dicha,
que aquesta visita os haga
el mayor Fisico que hai
en Flandes, ni Transilvania.
Flor. Rara figura es el hombre.
Duq. Còmo os llamais? *Chic.* En España,
el Doctor Sanalotodo
los muchachos me llamaban.
Duq. Con tanto acierto curais?
Chic. Es echarme à mi tercianas,
y tabardillos, echar
sombreros à la Tarasca:
en mi vida curo enfermo,
que no saliesse de casa
en breves dias, señora.
Duq. Essa habilidad no es mala:
Còmo? *Chic.* A la Iglesia entre quatro
hermanos de la Capacha:
à los enfermos de ojos,
no solamente sanaba,
mas quedaban con oficio.
Duq. Con oficio?
Chic. Es que cegaban,
y el que con vista, no tuvo
en su vida, ni una blanca,
estando ciego, de ochavos
era una sima de cabra:
possible es que de el Doctor
Gordolobo, no baya fama
en esta tierra? En efecto
llegò, señora, à mi patria
vuestra cara hypocondria,
que es un mal que toca en rabia,
y luego al punto, aunque en ella
un pozo de oro ganaba,
vine à veros, porque hablando
de veras, no hai en España
quien las cure como yo.
Duq. De los achaques del alma,
Doctor, quien entiende?
Chic. Bueno!
yo me pelarè las barbas,
si en dos dias no os pusiere
alegre como una Pasqua.
Hincase de rodillas, y enseñale el pulso.
Venga el pulso: intercadente
le teneis, flatorum causa;
pri-

primeramente os ordeno,
que ſea corta la vianda;
porque dice allà Galeno:
omnis ſaturatio es mala.
De noche podeis tomar,
ſi quereis, una almendrada
de capones mui manidos,
paſſados por alquitara.
Duq. Nunca tal remedio oì.
Chic. Pues es de mucha ſultancia:
chocolate ni por pienſo,
es melancolico, y mata,
& es valde opilativum,
Galeno, ſeſsione quarta,
parrafo chocolatorum;
y bebereis limonadas,
y coſas freſcas: con eſto,
y con que empeceis mañana
à ſangraros un poquito,
por la ſangre requemada
que teneis, y una purguita,
y fricamentos que os hagan;
uncias quatro de viguela,
y de muſicas dos dragmas,
la ſeñora hypocondria
ſe irà muy enhoramala.
Duq. Buen humor teneis. *Chic.* Señora,
cada uno el que tiene gaſta.
Duq. Para mis males, mas ciencia
teneis vos, ſin ſaber nada,
que todos los que me curan;
y pues yo he ſido la cauſa,
ſegun decìs, de que vos
dexado hayais vueſtra patria,
en mi Camara os quedad.
Chic. Beſo mil veces tus plantas:
pero vive Dios, que aqui
lo mejor ſe me olvidaba.
Duq. Y es?
Chic. Que en aqueſtos Jardines,
por tardes, y por mañanas
hagais exercicio, porque
los humores adelgaza,
y deſopila, miradlo
en aqueſtos que trabajan,
que eſtàn robuſtos, y es ſolo
el exercicio la cauſa:
bravos picarones ſon.

Llegaſe à ellos.

Fed. La vida me has dado. *ap.*
Chic. Calla, *ap.*
que no he de ſer yo Chichon,
ò he de ponerla mas blanda
que una breva: quien es eſte;
que parece un gran panarra?
paſſe aqui vos. *Por D. Fern.*
Fern. Eſtàs loco?
Chic. Las raciones atraſſadas
me has de pagar, y ſino
allà lo veràs mañana.
Por Jeſu-Chriſto, ſeñora,
que teneis famoſas Damas
en vueſtro ſervicio; cierto,
que hai aqui Angelicas caras:
y aqueſta que eſtà à mi lado

A Flora.

mil reconcomios me cauſa:
Diga Reyna, tiene Uſìa
tambien por concomitancia
hypocondria? *Flor.* Una poca.
Chic. Què ojos de grande taimada
tiene! *Flor.* Por què lo pregunta
el ſeñor Doctor? *Chic.* Por darla
unas pildorillas, con que
quede como una manzana.
Flor. Deſelas allà à ſu mula,
ſeñor Albeitar.
Chic. Deo gracias. *Sale un Criado.*
1. El Embaxador, ſeñora,
para entrar licencia aguarda.
Duq. Cielos, no ſabrè decir
quanto aqueſte hombre me canſa!
Decid que entre. *Sientaſe ella.*
Fed. Quien ſerà
eſte Embaxador, que el alma
me anuncia un peſar? *Fern.* No sè;
oye, diſimula, y calla.

Sale Carlos con acompañamiento.

Carl. Pueſto, gran ſeñora, que
pudieran ſer eſcuſadas
para mi eſtas Audiencias,
pues hallo en ſolicitarlas
deſpegos en vos, y en mi
repetidas ignorancias,
aqueſta no eſcuſo, pues
bien conoceis la diſtancia,

que de un vassallo que sirve,
hai à un Principe que manda.
El Duque Carlos.
Duq. Tomad *Sientase.*
assiento; y en que yo os haya
dado motivo à essa quexa,
no sè què razon, que causa
tengais, si la ocasionan
mis tristezas, y mis ansias,
porque el semblante de un triste
siempre los ojos le engañan:
esto supuesto, podeis
proseguir vuestra embaxada.
Carl. No ignorarà vuestra Alteza,
las guerras tan continuadas,
que por muchos años huvo,
entre Borgoña, y Bretaña,
hasta que fuisteis, señora,
el Iris desta borrasca:
muriò vuestro Padre, en fin,
y en su testamento manda,
que le deis la mano à Carlos;
pues con esto se ajustaràn
las paces, quedando firmes
con tan segura alianza.
Y oy, pues, sin mirar lo bien,
que à estas Coronas estaba
aquesta union, elegisteis
(ya fuesse por su desgracia,
ò ya por otras razones
que mi discurso no alcanza)
para vuestro Esposo à Enrique,
hermano del Rey de Francia,
que à traidoras manos muerto,
en mejor Reyno descansa.
Fed. Esto escucho? Vive Dios,
que la paciencia me falta! *ap.*
Carl. Menospreciado, y zeloso
el Duque (razones ambas,
que si juntas iras crecen,
cada una de por sì mata)
viendo, que de los conciertos
le faltas à la palabra,
de que està pendiente el mundo,
y su opinion agraviada,
siendo un hombre, que no sufre
escrupulos en la fama,
su resolucion postrera
oy me escribe en esta carta:
en quanto à que V. Alteza
su casamiento dilata,
hasta que del homicida
tome la justa venganza,
es nueva industria, porque
si señas de èl no se hallan,
ni nadie puede afirmar,
que le haya visto la cara,
còmo ha de cumplir ninguno
lo que un impossible ataja?
Fed. Què no pueda mi valor *ap.*
bolver por sì? pena estraña!
Carl. Esto mismo à V. Alteza
he dicho en Audiencias varias,
que me ha dado; pero ahora,
para decir lo que falta,
escuchame atentamente,
porque es el Duque, quien habla.
Dice, pues, que si porfia
Vuestra Alteza, en essa vana
ilusion, entreteniendo
à su costa su esperanza:
Haciendo notorio al mundo
la razon, con que se halla,
sin mas dilacion, la guerra
à sangre, y fuego os declara.
Siendo el primero que marche
delante de sus Esquadras,
y por vuestras tierras entre
al son del clarin, y caxas,
empuñando el limpio acero,
blandiendo la dura lanza,
vestido el gravado arnès,
ò la pesada coraza.
Y con veinte mil Infantes,
hijos de Marte, en campaña
le vereis, sin que haya almena,
que por el suelo no caiga;
pues à pesar :: *Fed.* Què esto sufra!
Carl. Del mundo. *Fed.* Detente, aguarda,
que delante de su Alteza
tan arrogantes palabras
no se sufren, quando sabes,
que en los corazones manda
de sus Vassallos, pues todos,
en defensa de su fama,
sabràn oponerse à quantos

solicitan injuriarla;
y yo que :::
Carl. Còmo atrevido ::: *Levantanse.*
Duq. Estais loco : ha de mi Guarda,
prendedle. *Fed.* Perdon, señora,
os pido de mi ignorancia,
que no estuve en mi. *Duq.* Dexadle,
porque accion tan arrojada
bien arguye su locura,
como al momento se vaya
de mi presencia. *Fed.* Señora,
advertid. *Duq.* No advierto nada:
idos: aunque mas le riño, *ap.*
no he visto accion tan bizarra.
Fed. Si harè, advirtiendo primero,
si el Duque sale à campaña,
que en vuestra defensa siempre
sabrè poner vida, y alma. *Vase.*
Fern. Yo con morir à su lado
cumplo mi honor, y fama. *Vase.*
Carl. Què responde vuestra Alteza
à lo que he propuesto? *Duq.* Nada:
ya os respondiò el Jardinero.
Carl. Era un loco. *Duq.* Y la embaxada
que traeis es cuerda? *Carl.* Advierta
vuestra Alteza, que :: *Duq.* Basta
que no en valde à vuestro dueño
el atrevido le llaman. *Yendose.*
Carl. Sabrà el Duque :::
Duq. Bien està;
la voluntad à las armas
no se rinde: llena, Cielos,
llevo de dudas el alma.
Vanse, y Carlos se queda.
Carl. Cielos, que venga yo à oìr
tantos baldones? Ha ingrata!
con tan indignos desprecios
un tan noble afecto pagas?
A quien te adora aborreces?
à quien te sirve maltratas?
Pues, Cielos, yo he de buscar
algun remedio à mis ansias.
Y pues las mas noches viene
à divertirse à la estancia
destos hermosos jardines,
y yo, de esta puerta falsa
tengo llave, que Belardo
me diò, y estàn en la playa
del mar mis naves, y gente,
vive Dios, que he de robarla
esta noche, pues es facil,
dandome esta puerta entrada
à este sitio, conseguirlo.
Y pues bate las murallas
desta Quinta el mar, podrè
con menos riesgo embarcarla,
y llevarmela à Borgoña,
donde si una vez se halla,
la defenderè del mundo:
tiempo, apresura las alas
de tu curso; noche, llega
para vèr, ya que me falta
la ventura, si la industria
à la fortuna aventaja. *Vase.*
Sale Doña Juana de muger.
Juana. Amor tyrano, que assi
acrysolaste mi fé,
ya con un bien que encontrè,
no he de quexarme de ti.
Todos estàn sepultados
del sueño en la suspension;
què mucho, si solo son
los despiertos, mis cuidados?
Con este vestido, en fin,
que con recato busquè,
y no poca dicha fue
hallarle, vengo al jardin,
à este sitio señalado,
palestra de mis desvelos:
ningun ruido siento: ay Cielos!
si havrà Fernando llegado?
solo escucho (què congoxas!)
entre acentos diferentes,
golpes de plata en las fuentes,
soplos del viento en las hojas.
Cielos! à èl se le olvidò,
que como tan libre està,
sin cuidado dormirà:
mas de quien me quexo yo,
si loca, y ciega (ay de mi!)
el impossible conquisto
de un hombre, que no me ha visto?
Sale Don Fernando por la otra parte.
Fern. Tal obscuridad no vì;
pero segun me avisaron,
este sin duda es el puesto,
don-

donde la Dama Española
dice que aguarde: yo vengo
de la duda, y de la noche
dos veces confuso, y ciego:
quien serà aquella muger?
Jua. Passos à esta parte siento:
es Celio? *Fern.* Si: el mesmo soi.
Jua. Rato ha, que mi sufrimiento
culpaba vuestra tardanza.
Fern. Yo à mi fortuna agradezco
esta dicha: mas decidme,
quien sois? *Jua.* A esso solo vengo,
una muger Española,
que por estraños sucessos
viene à Bretaña, y pues vos
sois Español, saber quiero,
si en mi Patria, que es Madrid,
estuvisteis algun tiempo.
Fern. Si señora. *Jua.* Conocisteis
en Madrid à un Caballero,
cuyo nombre, y apellido
eran, si mal no me acuerdo,
Don Fernando de Mendoza?
Fer. Què es esto que escucho, Cielos?
disimular es preciso.
Jua. Digòlo, porque en estremo
à èl os pareceis, y tanto,
que juzguè que erais el mesmo.
Fern. Aunque mas hago memoria,
de esse nombre no me acuerdo.
Jua. Bien finge. *ap.* *Fern.* Pero por què
me lo preguntais? *Jua.* Por esto:
Yo, Celio, dexè en España
una amiga, à quien confiesso,
que quiero como à mi misma,
mui noble, rica en estremo,
y no fea; aquesta Dama,
vivia pared en medio
de cierta conversacion,
donde algunos Caballeros
à entretenerse acudian,
siendo Don Fernando, entre ellos
quien mas la cursaba: en fin;
de los continuos passeos,
y assistencias, que tenia
en su calle, amor que es ciego,
y por la vista penetra
lo mas oculto del pecho,
le aficionò à Don Fernando
con tal recato, y secreto,
que aun con los ojos no quiso
darle à entender sus afectos.
Estando, pues, esta Dama
en una rexa assistiendo
de su casa cierta noche,
passaba este Caballero,
y persuadida (que fue
gran liviandad os confiesso)
de su amor, con una seña
le obligò à llegar, à tiempo,
que al sitio un hermano suyo
llegaba tambien, y viendo
à aquel hombre à sus ventanas,
queriendo reconocerlo,
à pocas palabras, ambos
desnudaron los aceros,
y el hermano de esta Dama
cayò de una herida muerto.
Fuesse D. Fernando à Flandes,
segun se dixo, y viniendo
yo à Bretaña (por acasos
que no os importa el saberlos)
me encargò mi amiga, que
la avisasse con secreto,
si estaba en Flandes, ò en otra
parte alguna, pues es cierto,
que ni la infelice muerte
de su hermano, ni el remedio
de la ausencia, son bastantes
à borrarla de su pecho,
aquel primero caracter.
Llegastes aqui, diciendo
ser Español, y Soldado,
quise informarme, y supuesto,
que vos no le conoceis,
ni señas de èl hallar puedo,
quedaos con Dios. *Fer.* Esperad:
à quien en el mundo, Cielos, *ap.*
tal lance havrà sucedido?
pues supe de mi sucesso
lo que aun yo mismo ignoraba.
Jua. Bien se ha logrado mi intento. *ap.*
Fern. Admirado estoi, señora,
de tan estraño, tan nuevo
lance de amor; pero, en fin,
disculpo à esse Caballero,

pues

pues si èl estaba ignorante
de essa aficion ; no le ha hecho
agravio alguno à essa Dama.
Jua. Assi lo està conociendo.
Fern. Podeis decirme su nombre?
Jua. Què os importa à vos?
Fern. Deseo
vèr un milaglo de amor,
y que haya en aquestos tiempos
muger, que sin darle parte
à quien ama, estè queriendo
tan firme como decìs?
Jua. Esse no es milagro nuevo,
pues à estàr de espacio ahora
pudiera daros exemplos
no pocos: bien mi cautela *ap.*
se logra. *Sale Flora.*
Flor. Buscando à Celio,
à estas horas, y à este sitio,
me traen amor tus enredos;
nunca tal de mi creyera,
liviana soi, vive el Cielo.
Jua. Ay Dios! gente en el Jardin
he sentido, y à gran riesgo
estoi, si en aqueste trage
me encuentran aqui, el silencio
me valga, y la noche, pues
de esta suerte lo remedio. *Vase.*
Fern. Proseguid, señora, pues
con mucho gusto està Celio
escuchando essas memorias.
Flor. En el Jardin està, Cielos,
y sin duda me escuchò,
pues habla conmigo: quiero
llegarme. *Fern.* No respondeis?
Flor. Hablad un poco mas quedo,
y tened à mucha dicha,
que el mas divino sugeto
que hai en esta casa, os quiera
hacer favor tan supremo,
como el que mirais. *Fern.* No ignoro
el grande favor, que os debo,
en haver por mi baxado
al Jardin. *Flor.* Yo os lo confiesso,
que en señora de mis prendas
ha sido un gran desacierto
el que venga yo à buscaros,
quando dexo en el terrero
mil amantes, que por mi
estàn bebiendo los vientos,
y à esta hora se estaràn
acatarrando al sereno.
Fern. No os dexareis vèr de dia?
Flor. Es temprano para esso,
que una muger de mi garbo,
de mi cara, y de mi asseo,
del Sol no dexa mirarse,
sirva, y merezca el buen Celio,
que despues verà la dicha,
que le ha reservado el Cielo.
Fern. No parece esta la voz,
que yo escuchaba primero.
Dent. Duq. Flora, Leonarda, Fenisa.
Flor. Mas la Duquesa à este puesto
viene, retiraos à hora,
que yo à este sitio os prometo
venir otra vez. *Fern.* A Dios,
mas dudas que traxe llevo. *Vase.*
Sale el Duq. No he podido sossegar
en mi quarto, y assi vengo
al Jardin, porque de un triste
es la soledad remedio.
Sale Fed. Siguiendo de la Duquesa
las pisadas, y los ecos,
llego à este sitio, bien como
à imàn de mis pensamientos.
Flor. Gran señora, V. Alteza
en el Jardin? *Duq.* Què es aquesto?
Flora, tu estabas aqui?
Flor. No pude llamar al sueño
con el calor, y al Jardin
me salì à tomar el fresco.
Duq. Pues vete de aqui, que sola
quiero estàr.
Flor. Ya te obedezco. *Vase.*
Duq. Cielos, quando han de acabarse
mis penas, y mis tormentos?
Quando con una venganza
darè à mis males remedio?
pero esto dexando à un lado,
quien serà este Jardinero?
este Lisardo? pues hallo,
que fuera de ser discreto
(lenguage que no se aprende
en oficio tan grossero)
al Embaxador por mi

pri-

respondiò con tanto aliento,
que obligada :: mas què digo,
quando es para mas tormento,
cada recuerdo, un agravio;
cada memoria, un desprecio?

Fed. Nada de lo que habla escucho:
ay bellissimos luceros,
si alumbrais, còmo mis ojos
ha tanto que os sirven ciegos!
ò si à costa de mi vida
pudiera yo:::

Sale Carlos, y otros tres con armas por la puerta del Jardin.

Carl. Pisad quedo,
pues el silencio, y la noche
me ayudan para el intento:
todo està ya prevenido,
pues hasta un esquife dexo
à la margen de essa Quinta,
que bate el mar: con silencio
seguidme todos. *Fed.* Què escucho?
gente parece que siento;
y si no miente el oìdo,
la puerta falsa han abierto.

Duq. Parece que oigo rumor,
mas seràn Lisardo, ò Celio,
que aún no se havràn recogido:
quien và? quien es? *Carl.* Stos. Cielos! *ap.*
de la Duquesa es la voz:
pero asegurarme intento
con esta industria: ay tal dicha!
Soi, señora, un Jardinero
de V. Alteza. *Fed.* Què escucho?
aqui hai traicon, vive el Cielo!

Duq. En la voz os desconozco.

Carl. Desconocida à su dueño
haveis sido siempre, y pues
os hallo aqui, vive el Cielo,
que ha de acabar la violencia,
lo que no ha podido el ruego:
llevadla de aqui. *Fed.* Ha traidores!
no veis que yo la defiendo?

Duq. Ha de mi Guarda, Soldados,
Fabricio, Don Juan, Alberto.

Carl. Matadle. *Todos.* Muera.

Fed. Ha villanos!
no es facil, porque primero
os he de hacer mil pedazos.

1. Un rayo ardiente es su acero!
huyamos. *Fed.* Ha vil canalla!

Carl. Ya no es possible hacer menos,
que se alborota la Quinta.

Metelos à cuchilladas.

Duq. Sacad unas luces presto.

Dent. Fed. Huid, cobardes traidores.

Dent. Sen. De su Alteza son los ecos,
baxèmos todos. *Dent. Fed.* Villanos,
de aquesta suerte mi acero
castiga vuestra ossadìa.

Dent. 1. Al Esquife, compañeros.

Salen todos con hachas, y armas.

Criad. Yà estàn las luces aqui.

Sen. Gran señora, què es aquesto?

Duq. Ay, Alberto, muerta estoi!

Sale Federico con espada desnuda.

Fed. Yà vuestra Alteza del riesgo
libre està. *Duq.* Cielos, què miro!
què, Vos Lisardo, en efeto,
sois à quien debo la vida?

Fed. Corrido à escucharos llego,
porque es achacarme à mi
lo que obrò vuestro respeto.

Duq. Quando es la verdad tan clara,
poco vale el ser modesto.

Fern. Vive Dios, que estoi corrido
de no haver llegado à tiempo.

Chic. Y el Doctor, que ya venia
purga en ristre à dàr tras ellos.

Duq. Què quereis que haga por vos?
que daros quanto posseo
me parece poco. *Fed.* Yo,
gran señora, os lo agradezco,
mas la dicha de serviros,
es para mì el mayor premio.

Duq. Discreto sois. *Fed.* Pero ya
que à vuestras plantas me veo,
con una palabra solo
que me deis (valedme Cielos!)
serè el hombre mas feliz
del mundo. *Duq.* Dedidlo presto.

Fed. Yo, señora, fui Soldado,
como ya os dixe primero,
antes de entrar à serviros,
y por lances, que no os cuento,
un poderoso enemigo
adquirì, de quien huyendo

vine

viene aquesta Quinta, el qual
de enojo, y colera ciego,
jura que me ha de buscar
en los mas ocultos senos
de la tierra, y si me halla,
ha de matarme; yo viendo,
que de su poder, que es mucho,
en vano librarme puedo;
de vuestro amparo me valgo,
pues si me ayudais:: *Duq.* Teneos,
que por mi Corona juro,
y mi palabra os empeño,
de defender vuestra vida
en qualquiera trance, ò riesgo,
que corra peligro: todo
este seguro os ofrezco.

Fed. Mirad, que es mucho enemigo.

Duq. Què importa si yo os defiendo?
aquesta palabra os doy.

Fed. Yo, gran señora, la aceto:
fortuna, ya de mi dicha
subì el escalon primero.

Duq. Valgate Dios por Lisardo,
en què de dudas me has puesto!

JORNADA TERCERA.

Sale Federico con azadon.

Fed. Amor, que en dulces despojos
usurpaste à mis sentidos
la vista por los oìdos,
y la atencion por los ojos:
què triumpho, què vanagloria
dà à tu poder invencible,
que yo siga un imposible,
y esclavo de mi memoria
selle, y arrastre en mis penas,
para añadirte un tropheo,
los yerros de mi deseo,
de mi temor las cadenas?
De què sirve, si se advierte,
quando executas la herida,
que tu me quites la vida,
si yo temo la muerte?
Y assi, pues ningun blason
de mi tu poder alcanza,
ò ciegame en la esperanza,
ò alumbrame en la razon:
y si olvida quien trabaja
su pena, alto à trabajar.

Sale Fernando con azadon.

Fern. Amor, quien se ha de librar
de ti, si con tal ventaja
acometes tan veloz,
que aun no dexan tus antojos
al sentido de los ojos
el consuelo de la voz?
Este retrato encontrè
en esse quadro, y tan ciego
quedè à su vista, que luego
la libertad le entreguè,
à su hermosura rendido.
Y si repara mi empeño,
presumo, que he visto al dueño
que amante le havrà perdido,
descuidado en el Jardin:
sin vida estoi: yo estoi loco;
todo es dudas quanto toco;
y para matarme, en fin,
entre confusos desvelos
de mi fortuna el rigor,
antes que con el amor,
me acomete con los zelos.
Pero en dolor tan tyrano,
con secreto he de saber
quien es aquesta muger.

Fed. Fernando. *Fern.* Señor.

Fed. Temprano
has venido à la tarèa
del Jardin. *Fern.* Como, en rigor,
tu rindes feudo al amor,
dudas, que en otro se emplèa
su poder; y te asseguro,
que à cultivar estas flores
vine libre, y sus rigores
siento ya, porque seguro
ninguno estè de su engaño.

Fed. Luego tu segun infiero,
ya eres de amor prisionero?

Fern. Por el modo mas estraño,
que pudo hallar el deseo,
à su violencia he rendido
la libertad, y el sentido:
mira essa copia. *Fed.* Ya veo
su hermosura, y he notado,

aunque el pincèl encarece
su primor, que me parece
que he visto de este traslado
el original. *Fern.* Pues yo,
si decirte verdad trato,
me he rendido à esse retrato:
esta mañana le hallò
mi cuidado entre estas flores,
y al vèr su rara veldad,
se llevò mi libertad.

Fed. De tan estraños amores
me riera, à no saber,
que otro retrato en rigor
fue motivo de mi amor;
pero dime, què has de hacer,
si no conoces el dueño
de essa copia? *Fern.* Recatado
procurarà mi cuidado
facilitar este empeño,
y assi averiguar podrè
quien es muger tan divina,
que tanto à amarla me inclina.

Fed. Dificil empeño fue;
pero dexando esso à un lado:
què te parece, en rigor,
de este mi impossible amor?

Fern. Que siento verte empeñado
en tan dificil empressa,
aunque del tiempo imagino,
que presto abrirà camino
à tu dicha. *Fed.* La Duquesa,
despues que el Duque traidor
de Borgoña, del Jardin
la quiso robar, en fin,
fingiendose Embaxador
de sì mismo, y con secreto
de Bretaña se ausentò,
y la guerra publicò,
como zeloso, en efeto,
y agraviado, agradecida,
muestra en qualquier ocasion,
deberme la obligacion
de haverla dado la vida.
Què importa (ay de mi!)
que estè à mi esfuerzo obligada,
quando la tengo agraviada?
Pero à Margarita vì,
entre aquessos eminentes
ramos, que con mil primores
cubren, y enlazan las flores,
que à la estancia de las fuentes
se encamina, y en rigor,
no puede mi pecho amante
estar sin verla un instante.
A Dios, Don Fernando.

Vase, y sale Flora.

Flora. Amor
vendado, rapaz, ratero,
todo engaños, todo horrores,
que conociendo mis flores
me rindes à un Jardinero.
Yo te ofrezco: mas ya tengo
al tal Celio en la estacada;
confusa estoi, y turbada.

Sale Chic. Buscando à Florilla vengo,
que, en fin, es Dama segura;
pero mi Amo està allì:
quiero escuchar desde aquì.

Flor. Què diràs de tu ventura,
Celio, si à buscarte viene,
levantandose al Aurora,
no menos que toda Flora
Gonzalez? *Fern.* Que me previene
una dicha no pensada;
mas decid què me quereis?

Flor. Parece que no entendeis:
digo que vengo inclinada
à esse talle, à esse azadon,
y à esse capote grossero,
entendedlo, majadero.

Fern. Confiesso mi obligacion,
y aunque serviros disponga,
mi humildad està estorvando
mi dicha. *Chic.* El tal D. Fernando
no la ocupe, aunque es mondoga:
rabiando estoi. *Flor.* Pues supuesto
que nadie ahora nos mira,
estos brazos. *Chic.* Brava gira.

Flor. Confirmaràn.

Sale Chic. Què es aquesto,
Celio, Flora? *Flor.* Hado cruel!

Chic. Còmo en esta estancia bella
està tan perdida ella,
y està tan hallado èl?
Assi el culto se profana
del Palacio donde habìta

la Duquesa Margarita?
Falsa, coquina, liviana,
ya que el amor altanero
os marcò con su betun;
no era mucho mejor un
Medico, que un Jardinero?
Y vos, belitre, ruin,
decid: còmo tan de espacio
enamorais en Palacio?
No hablais? Pues por S. Quintin,
que he de castigar traiciones
de un bribonazo tronera,
que enamora con montera:
tomate essos moxicones,
mientras con este reclamo
voi à la Duquesa luego,
porque le castigue. *Flor.* Fuego.
Chic. Gran gusto es pegarle à un amo.
Flor. Doctor, por amor de Dios,
que no sepa mi señora
mi liviandad.
Chic. Basta, Flora, *Mui grave.*
y agradecedme los dos,
que de traicion semejante
(quien tanta lealtad professa)
no dè parte à la Duquesa;
y sin parar un instante,
vaya mui enoramala
el picaro à trabajar;
y vos, Flora, entraos à hilar.
Flor. Què pena à mi pena iguala?
ya obedezco. *Chic.* Vaya enmiende
su vida; escuche Zagala:
y si quisiere ser mala,
aqui està el Doctor, yà entiende.
Vase Flora.
Fern. Vive Dios, borracho loco,
que ha de castigar mi mano
tu atrevimiento villano. *Pegale.*
Chic. Señor, vete poco à poco.
Fern. Què causa, dì, te ha movido
à esta accion? *Chic.* Fiero dolor!
què mayor causa que amor?
Fern. Pues infame, mal nacido,
si el Demonio te ha cegado,
y que ames, tu, picaron,
he de pagar yo la pena
de que estès enamorado?
toma, traidor. *Sale Doña Juana.*
Juana. Celio amigo:
què es esto, señor Doctor?
vos descompuesto? *Chic.* En rigor,
si aqui la verdad os digo
(que me hizo dos mil mercedes,
Don Juan, en venir, confiesso)
yo entrè aqui lleno de yesso,
de arrimarme à las paredes:
pedile con humildad
à Celio, que me limpiàra,
y èl con maña, y fuerza rara,
alzando con charidad
la mano diestra al desayre
me sacudiò con tal zelo,
que à la capa quitò el pelo,
y el yesso le arrojò al ayre.
Y assi, el que quisiere, acuda
à Celio à limpiarse bien,
porque en mi vida vì quien
mejor el polvo sacuda.
Juana. Escuchame, Celio, aparte:
assi averiguar podrè, *ap.*
si hallò mi retrato, que
à noche dexè con arte
en esse quadro florido,
donde suele trabajar:
aqui vengo à averiguar,
si un retrato que ha perdido
aquella Española, aquella
Dama, que anoche os hablò,
vuestro criado le hallò
en aquessa estancia bella
del quadro que cultivais,
y vengo à saberlo yo,
porque anoche lo perdiò.
Fern. A poca costa le hallais;
y este es, Don Juan el retrato:
y al verle mi duda crece, *ap.*
porque à Don Juan se parece.
Chic. Los dos con grande recato
hablan, y yo he presumido
saber que encubren de mi,
quiero acercarme: què vì?
un retrato, y parecido
à Don Juan tiene en la mano,
aunque le acecho tan listo,
solo la cara le he visto.

Fern. A daroslе no me allano,
porque fuera accion impropria
bolver mi mano importuna
lo que me diò la fortuna.
Yo he de guardar esta copia
como à centro, no os assombre,
de un alma que le he entregado.
Chic. Mi Amo està endemoniado:
por Dios, que enamora à un hombre.
Fern. Que aunque Jardinero he sido,
amor, que es Dios immortal,
al mas humilde han herido
sus flechas.
Chic. Cielos, què escucho?
Jua. Albricias, alma, pues veo, *ap.*
que se logra mi deseo:
yo en dexarle no harè mucho,
quando su dueño desea
serviros. *Fern.* Tantos favores
os agradezco. *Chic.* Señores,
havrà quien aquesto crea?
Nunca tales desatinos
creì en mi amo. *Fern.* Y amando
he de morir. *Chic.* El Fernando
es inclinado à lampiños.
Jua Que os han de pagar presumo
fineza tan singular,
que agradecer no es amar.
Chic. Esto ha de parar en humo.
Jua. Que seais mui fino os ruego,
puesto, que amor os empeña
con esse retrato. *Chic.* Leña.
Jua. Porque lo merece. *Chic.* Fuego.
Fern. Pues mi pecho no sabrà,
ya que tan de veras ama,
què Dama es esta? *Jua.* La Dama
Española os lo dirà:
pero la Duquesa llega
à este sitio. *Fern.* A Dios.
Juana. A Dios.
Vanse Don Fernando, y Doña Juana, y sale la Duquesa.
Marg. Buenos estamos los dos!
fortuna inconstante, y ciega,
puesto que con tyrania
(olvidando mi respeto)
me rindes à un vil objeto,
tanto que mi fantasia
juzga, si amor: mas què digo?
Sin alma estoi, yo estoi loca!
amor pronuncia mi boca?
Ha pensamiento enemigo!
ha lengua vil! que en mi agravio
te deslizas tan atroz!
vive entre el alma, y la voz,
muere entre el pecho, y el labio.
Sale Fed. Siguiendo los passos vengo
de mi adorada enemiga:
amor, si mi fé te obliga,
pues à tu imperio prevengo
las potencias, y sentidos,
para aplacar sus enojos,
ponle mi llanto à los ojos,
y mi quexa à los oidos:
Què hermosa està! Apenas mueve
por admirar sus primores,
el Cefiro aquestas flores.
Marg. Si à mi grandeza se atreve,
pensamiento, tu ossadia,
castigarà mi alvedrio,
tan notable desvario,
tan estraña fantasia.
Vivan en igual valanza,
sin admitir sus antojos,
en mi agravio mis enojos,
mis iras en mi venganza
(apenas à hablar acierto)
hasta que à aquel homicida
traidor, le quite la vida.
Fed. No podràs, que ya estoi muerto.
Marg. Doctor, Lisardo, què haceis
tan temprano en el Jardin?
Fed. Yo como trabajo, en fin,
en essos quadros que veis,
al vèr que amor me destierra
de España, mi pensamiento
daba sus quexas al viento,
y su esperanza à la tierra.
Marg. Luego en vuestro pecho dura,
si mi atencion no se engaña,
aquel cuidado de España?
Fed. Es tan grande su hermosura,
que ciego, amante, y rendido,
sin que jamàs estè ausente
la tengo siempre presente.
Marg. Pues còmo loco, atrevido
(què

(què es esto Cielos ?) de amor
hablais tan ossado aqui ?
no sabeis, que vive en mi
solo el odio, y el rencor,
la destemplanza, la ira,
la venganza, y la passion?
Es amor, en conclusion
mas que una leve mentira,
que introducen en la idèa
los ojos ? *Chic.* Por San Pasqual,
que este huevo quiere sal.
Marg. Pues quien havrà que le crea,
siendo una sombra, un engaño,
y una fingida quimera,
que alma, honor, y vida altera?
Fed. Yo, si aqui (por Dios que estraño
su mudanza) os ofendì : :
Marg. Dexadme, que me he llevado
de mi pena, y mi cuidado
(ciega estoi, no estoi en mi)
que yo no puedo poner
leyes à vuestro alvedrio.
Fed. Si no fuera desvario, *ap.*
creyera, que esta muger
obligada : pero el labio
miente si tal imagina,
que en su hermosura divina,
aun la sospecha es agravio.
Marg. Doctor? *Chic.* Gran señora.
Marg. En fin,
que remedio al dolor mio
no hallais? *Chic.* Si vuestra salud
la destempla esse prolixo
afán de vengaros: còmo,
aunque estuviera aqui el mismo
Galeno, os ha de sanar?
Solo un remedio imagino,
que ha de aprovecharos mucho.
Marg. Decidle. *Chic.* Soi encogido,
y no quisiera enojaros.
Marg. Yo, por què? *Chic.* Pues lo que digo,
es, que echeis essas venganzas
en infusion de un marido,
que os merezca, y en dos dias
quedareis como un palmito.
Marg. Con su gracia me divierte:
còmo he de tener arbitrio
para casarme, si dì
palabra à los Cielos mismos,
de nunca tomar estado,
mientras que de mi enemigo
no me vengàra. *Chic.* Por esso.
Marg. No os entiendo.
Chic. Ya me explico:
elegid entre tan grandes
Principes como han venido
à pretender vuestra mano,
el de mas valor, mas brio,
mas opinion, y mas fama,
que mui amante, y mui fino
os venge de aquel vinagre;
y à fé que yo he conocido
uno, que puede casarse,
por valiente, y entendido,
galàn, y discreto, con
la Muger de Calainos,
y el Preste Juan de las Indias;
mas no me atrevo à deciros
sin vuestra licencia el nombre.
Marg. No vì humor tan peregrino:
vuestro despejo la tiene
para todo. *Chic.* Mi artificio
se ha de lograr: pues sabed
que este Novio, es Federico,
de Napoles heredero,
y à no ser mi grande amigo,
dixera de èl, que es valiente
sin presuncion, que es bien quisto
sin lisonja, que es discreto
sin vanidad, ni capricho,
que sin cuidado es galàn,
generoso sin ruido,
amante sin esperanza:
y que solo à veros vino
de su Corte disfrazado,
siendo el que mostrò mas brio
en los tornèos: mas esto,
la fama podrà decirlo
mejor, porque yo mil veces
he comido, y he bebido
con èl, y soi sospechoso.
Fed. Con què agudeza le ha dicho
mi amor!
Marg. Aqueste remedio
no es para los males mios.
Chic. No diò lumbre; pero yo *ap.*
bol-

bolverè à alzar el gatillo;
pues no sea; y entre tanto,
que otro, señora, os aplico,
os cantaràn una letra,
que en essos quadros floridos
yà los Musicos esperan.
Marg. Canten, y estad advertido,
que sea triste. *Chic.* Abcitamen?
Esso no, por San Cyrilo,
que ha de ser de amor, y alegre:
su Alteza, por Jesu-Christo,
que se dexe gobernar,
y que no arguya, le digo,
con el Medico en su vida.
Cantad aquel estrivillo,
y letra, que hizo Lisardo.
Marg. Esperad (mal me reprimo)
luego Lisardo es Poeta?
Fed. Yo, señora, como he sido
Soldado:: *Marg.* Y direis tambien,
que amante? No, no me admiro,
que hagais versos: Canten, pues.
Fed. Ayuda, amor, mis designios.
Ponese Federico à trabajar, y cantan dentro.
Music. Digan, qual serà mayor
gloria, saber perdonar
la injuria, ò aventurar
la vida por el amor?
Repit. Marg. Digan, &c.
Y esto poneis en question,
Lisardo? *Fed.* Si, yo afirmo,
que tiene dificultad
saber, qual accion ha sido
mas noble, olvidar la injuria,
ò aventurarse mui fino
un amante por su Dama
à perder la vida. *Marg.* Digo,
que perdonar un agravio,
si toca al honor, ha sido
la mas dificil accion;
y buen exemplo es el mio,
pues no puede mi grandeza,
mi razon, ni mi alvedrio,
olvidar la alevosia
de aquel tyrano enemigo,
aleve::: *Llora.*
Fed. Si ha de costaros
lagrimas, que del rocìo
dèl Aurora quaxò el Cielo
en vuestros ojos divinos,
se dexarà el argumento.
Chic. Dexadla llorar, amigo,
que para ensanchar el pecho,
y desahogar los visivos
espiritus, es el llanto
(segun Averroes dixo)
gran sopa del corazon.
Marg. Este afecto solo es hijo
de mis iras: proseguid.
Fed. Pues supuesto que me animo,
con vuestra licencia, yo,
que es mas noble accion afirmo,
aventurar por la Dama
la vida, que al enemigo
perdonar la injuria. *Marg.* Pues
yo lo contrario me obligo
probar. *Fed.* Oìd mi argumento.
Marg. Escuchad primero el mio.
Music. Digan qual serà mayor, &c.
Marg. Aventurarse quien ama
à morir, es una loca
accion, que à la vida toca;
pero no toca à la fama:
Mas si uno apagar la llama
de su honor viò, y en rigor
le perdona al ofensor
de su agravio los baldones,
graduando estas acciones:
Music. Digan qual serà mayor.
Marg. El que se arriesga à la muerte,
por su Dama, ya podia,
pues todo à el hado se fia,
favorecerle la suerte:
mas quien sin honra se advierte,
y su agravio ha de vengar,
si su afrenta ha de olvidar,
y à sì mismo se ha de herir,
como le podrà añadir:
Music. Gloria el saber perdonar.
Fed. Està el perdon tan unido
à un noble pecho, que infiero,
que el perdonar fue primero,
que haver su ofensa sabido:
luego el amante atrevido,
que ossa morir por amar,
obra

obra accion mas singular,
pues quando su fé le abona,
no se dexa al que perdona:
Music. La injuria, ò aventurar.
Fed. Vencerse à sì mismo fuera
siempre una gloria immortal,
y no fuera racional
quien perdonar no supiera:
luego bien se considera,
que serà hazaña menor,
haver un hombre en rigor
sus ofensas perdonado,
que haver otro aventurado:
Music. La vida por el amor.
Mar. Yo soi de este parecer.
Fed Yo, aunque à V. Alteza atiendo,
mi opinion he de seguir,
que es mas piadoso motivo,
puesto que el que muere amando :::
Mar. Callad, que siempre os he visto
ser de parte del amor,
y me cansa vèr tan fino
à un humilde Jardinero.
Chic. Yo quiero quemar mis libros,
sino està como una breva *ap.*
la señora: Bien ha dicho
su Alteza, que es mui mal hecho
que se meta en discursillos
de amor, un pobre trompeta.
Id à trabajar à el sitio
que os toca, y no me seais
bachiller, que no es lo mismo
ser Poeta, que sembrar
berengenas, y pepinos.
Y venga tu Alteza, pues
le tengo ya prevenido
las Gondolas, y Remeros,
à surcar el crystalino
golfo de essa hermosa playa,
que en sus ondas determino,
Deo volente, orear
essos impetus nocivos,
que os sofocan el ambiente.
Mar. Vamos, que assi solicito
templar aquesta passion.
Tocan dentro un Clarin.
Mas què acentos repetidos
son los que ocupan el viento?

Sale el Conde Alberto.
Alb. Aunque prudencia no ha sido
traher una mala nueva,
mi noble lealtad previno
no escusaros el disgusto,
porque el remedio mas fixo
en la promptitud se halle:
essos ligeros Navios,
que infestando vuestras costas,
Paladiones de pino,
preñados de armada gente,
vienen cortando los gyros
del màr, y del viento, son
de Carlos, el atrevido
Duque de Borgoña, que
irritado, segun dixo
la fama à vuestros desprecios,
viene airado, y vengativo,
à que logre la violencia,
lo que no pudo el cariño;
y assi, tu Alteza:: *Mar.* Esperad,
que al escucharos me irrito,
de que el atrevido Carlos
quiera reducir à el filo
de la espada mi palabra,
mi razon, y mi alvedrio.
Y puesto que de su intento
tan repetidos avisos
hemos tenido, y nos halla,
como es justo, prevenidos,
para tan dudosa guerra,
y viene en persona èl mismo
acaudillando sus tropas,
yo que solamente fio
à mi brazo mi defensa,
pues por ella no desisto
de mi inviolable promessa,
ni falto à lo prometido
de no salir de esta Quinta,
en tanto, que à mi Enemigo
no quite la vida, harè,
que el orgullo, y los designios
del sobervio Duque, tengan
en mi valor el castigo
merecido à su locura,
pues antes que el Sol, Narciso
del mar, la madeja rize
en su espejo crystalino,

he de buſcarle en campaña,
ceñido el acero limpio,
embrazado el fuerte eſcudo,
el gravado arnès veſtido,
delante de mis Eſquadras,
ſobre el alado Hipogrifo
para que al probar la ſaña
de mi aliento, y de mi brio,
ſe deſengañe, aunque tarde,
de que una muger ha ſido,
en defenſa de ſu honor,
un aſpid, un baſiliſco,
un etna, un volcàn, un rayo,
un aſſombro, y un prodigio.

Alb. Vueſtra Alteza ſe reporte,
pues teniendo en ſu ſervicio
Capitanes tan valientes,
aventurar al arbitrio
de la ſuerte vueſtra vida,
fuera una accion::

Marg. Conde amigo,
ſervid, y no repliqueis.

Alb. Yo, ſeñora::

Marg. Què prolijo!

Alb. Si eſtas canas:: *Marg.* Vueſtro zelo
le reconozco, y le eſtimo:
mas un conſejo he de daros.

Alb. Ya lo eſpero. *Marg.* Y yo lo digo:
que no me deis otra vez
el conſejo, que no os pido:
venid. *Alb.* Eſtraña Muger!

Marg. Y creed del valor mio,
que mui preſto he de vengarme
de Carlos el atrevido.

Vanſe, quedando Federico, Fernando, y Chichon.

Fed. Ay, Fernando, yo eſtoi muerto!
ay, Chichon, yo eſtoi ſin juicio,
de vèr el rieſgo à que và
la Duqueſa! Què harè, amigos?
apenas à hablar acierto.

Fern. Aqueſte lance es preciſo
dexarſelo à la fortuna,
pues los tres hemos cumplido
con aventurar las vidas
en ſu defenſa. *Chic.* Conmigo
và ſegura, pues llevando
un Medico en ſu ſervicio,
con ſu mula, y ſu gualdrapa,
lleva contra ſu enemigo
el montante de la muerte.

Sale Octavio.

Octav. Que eſtaba en aqueſte ſitio,
me dixeron. *Fed.* Yo, Fernando,
morir à tu lado elijo:
ay de mi! Pero què veo?

Repara en Octavio.

no es Laurencio? *Octav.* Señor mio,
dadme las plantas. *Fed.* Detente,
que en eſte Jardin cultivo
las flores, y ſoi Liſardo;
que aqui no ſoi Federico,
ni ſoi Duque de Calabria:
y dime ſi ha reſpondido
el Rey mi padre à la carta
que le llevaſte. *Octav.* El rocìo
del Alva no le reciben
aqueſſos campos floridos
con tanto guſto, ſeñor,
como el Rey enternecido,
penſando que ya eras muerto,
la abriò, y al inſtante miſmo
mandò aliſtar una Armada
de Galeras, y Navios;
en que vienen embarcados
de Marte, y Belona hijos,
doce mil Soldados viejos,
de quien el Conde Filipo
es Capitan General,
que cerca de eſte diſtrito
en una oculta enſenada
diò fondo con los Navios:
y yo en un ligero eſquife
vengo à darte aqueſte aviſo,
para ſaber lo que ordenas.

Fed. Con mis brazos le recibo,
y preſto pienſo premiarte:
amor à tus aras rindo
eſta dicha. Don Fernando,
ya veis el grande peligro
de la Duqueſa, y pues ſomos
los dos, dos exemplos vivos
de amiſtad:: *Fern.* Yo ſolo ſoi
vueſtro eſclavo. *Fed.* Determino,
que aſiſtiendo à Margarita,
ſiendo eſcudo vueſtro brio

de

de su belleza, os quedeis
en Bretaña. *Fern.* Yo no elijo,
sino obedezco; y os juro
de morir constante, y fino
à su lado en su defensa.
Fed. Essa palabra os admito;
y ahora dadme los brazos,
porque luego determino
en aquesse mismo esquife
dàr la vuelta à los Navios,
para echar la gente en tierra.
Fern. Los hados siempre propicios,
heroico Principe, os guarden.
Fed. Y à vos, Español invicto,
os saquen del grande empeño
en que os dexo.
Fern. Por serviros
en nada estimo la vida.
Fed. Solo en mi pecho ha cabido
mi agradecimiento: à Dios,
Fernando.
Fern. A Dios, Federico.

Vanse, y sale el Duque Carlos, y Soldados.

Carl. Ya, Capitanes, y Soldados mios,
que me asseguran vuestros nobles brios
el buen sucesso de tan justa guerra,
y desde el mar echè la gente en tierra,
formad la linea, y desde aquesta parte,
al son horrible del sangriento Marte,
eregid las trincheras, y fortines,
que han de ser contrapuestos revellines
à Bretaña, essa Plaza donde habita
la cruel, la indomable Margarita,
cuyo rigor, si la razon se mira,
tan justamente motivò mi ira:
Margarita, que al passo que es hermosa,
se precia de intratable, y rigurosa:
Margarita, que hurtando à amor las alas,
dà invidia à Venus, y temor à Palas.
Abran, pues, oficiosos, y arrogantes,
el señalado numero de Infantes,
los ataques que al fosso se encaminan;
y pues estas montañas predominan
el omenage de sus fuertes muros,
porque de mi rigor no estèn seguros,
sirviendole essas cumbres de bastones,
assesten à la Plaza diez cañones,
à cuyo estruendo se conviertan luego
en humo, en nada, en polvo,
en sangre, en fuego;

Tocan caxas, y Clarines.

y vea, pues, Margarita, una esperanza,
entre sus sinrazones mi venganza:
Mas què militar estruendo
es el que en forma de marcha
ocupa el viento?

Sale un Soldado.

Sold. 1. Señor,
pon en orden tus esquadras,
si no quieres que el descuydo
ocasione una desgracia
à tu gente, por que viene
la Duquesa de Bretaña
delante de sus hileras
con su Exercito en batalla
àzia tu campo, y segun
el denuedo con que marcha,
la batalla viene à darte.
Carl. Pues què mi furor aguarda?
Ea, valientes Soldados,
oy es el dia en que os llama
la fama à mayores tymbres:
à fuego, y sangre se haga
la guerra, no quede vivo
ninguno, siendo murallas
vuestros generosos pechos,
que resistan la arrogancia,
del Enemigo.

Dentro la Duquesa.

Marg. Soldados,
para esta ocasion os guarda
la fama immortales glorias:
toca al arma. *Carl.* Toca al arma;
y à embestir, Soldados mios.

Aqui se forma la Batalla entre unos, y otros; y salga la Duquesa peleando con el Duque, y los suyos, y siempre à su lado Don Fernando, y Doña Juana, y acabada la Batalla, salen la Duquesa, Alberto, Don Fernando, y Doña Juana.

Marg. Ay de mi! que mi desgracia
ocasionò esta desdicha!

mi gente và derrotada,
y el Exercito sin orden
ha vuelto ya las espaldas.

Dentr. Victoria por el gran Duque
de Borgoña. *Marg.* Ha vil tyrana
fortuna? Conde, què harèmos?

Alb. Ya en este lance no halla
mi consejo otro remedio,
que con las rotas esquadras
tomar esse inculto monte,
y en su maleza intrincada
abrigaros, entre tanto
que podamos en las pardas
sombras de la obscura noche
bolver, señora, à la Playa,
por el camino del Rio.

Marg. Vamos, passe la palabra,
y marche el campo.

Todos. Soldados al monte.

Vanse, y sale el Duque, y los suyos.

Carl. Seguidlos, ardan
en materiales pavesas
arboles, troncos, y ramas:
mueran todos, en su sangre
se acrysole mi venganza,
como viva Margarita,
à cuya deidad consagra
mi fé el alma, y los sentidos:
mas esperad, que estas caxas,

Tocan dentro.

y clarines nos avisan
de que en su socorro marcha
alguna gente: y ahora,
si la vista no me engaña,
desde más cerca descubro,
que poblando la campaña
Exercitos numerosos
de forasteras Esquadras,
àzia mi campo se ecercan.
Quien serà, fortuna airada,
el que tan en contra mia,
à socorrer à esta ingrata
viene, en ocasion, que ya
vencida, y desbaratada,
escaparse de mis manos
no es posible? Pero es vana
ilusion gastar el tiempo
en discursos, ni palabras.
Venga en su defensa el mundo,
que mientras ciño esta espada,
el tener mas que vencer
darà mas gloria à mi fama;
y no serà la primera
vez que armado en la campaña
venza el atrevido Carlos
en un dia dos batallas.

Dent. Fed. A ellos, Soldados mios,
y si Margarita falta,
del campo no quede vivo
ninguno.

Salen Federico, y Soldados cubiertos el rostro, y embisten con el Duque, y los suyos.

Ha fiera canalla!
oy de esta suerte mi azero
sabrà vengar la desgracia
de la infelice Duquesa.

Carl. Y yo enfrenar tu arrogancia
con mi valor, y mi brio.

Formase otra batalla, y salen Federico, y Carlos solos.

Fed. Ya estamos en la campaña
los dos solos; y mi aliento
ha de vengar con la espada
dos agravios que me hiciste
en Bretaña. *Carl.* Si recatas
de mi el rostro, serà ocioso
responder, hablen las armas,
y calle la voz. *Fed.* Espera,
que no ha de ser con ventaja
la lid: ya estoi descubierto.

Descubrese.

Carl. No eres tu, sino me engaña
la vista, aquel Jardinero,
que en la Quinta trabajaba
de la Duquesa? *Fed.* Esse mismo.

Carl. Pues no me diràs, què causa
te obliga à este empeño? *Fed.* Solo
el castigar la arrogancia
con que hablaste à la Duquesa,
queriendo despues robarla
del Jardin aquella noche.

Carl. Pues si el sitio nos iguala,
hable el acero. *Riñen.*
Fed. Gran brio!
Carl. No vì fuerza tan estraña!
Dentro. Victoria por Federico.
Fed. Monstruo de Borgoña, acaba
de assegurar mi fortuna.
Cae Carlos à los pies de Federico.
Carl. Ya me tienes à tus plantas,
sin honor, y espada: Cielos,
para què mi vida guardas,
si he perdido à Margarita?

Salen todos.

Marg. Azia esta parte sonaban
las voces del Duque Carlos:
muera. *Fed.* Suspended las armas,
que es mi prisionero el Duque:
albricias, amor, pues hallas
sin peligro à Margarita.
Marg. Essa immunidad te valga:
y pues debo à vuestro amparo
vida, honor, estado, y fama,
generoso Caballero,
no assi encubra la celada,
vuestro rostro, descubrios,
para que con vida, y alma
os pague esta obligacion.
Fed. Es tan grande mi desgracia
(generosa Margarita)
que si aqui os muestro la cara,
y sabeis quien soi, es cierto,
que ofendida, è irritada,
olvidada de vos misma,
ha de trocar vuestra saña
en odio las gratitudes,
la obligacion en venganzas.
Y os estimo de manera,
que por no haceros ingrata
(delito, que à la grandeza
tanto ofende, y tanto mancha)
quiero ausentandome ahora,
no aventurar vuestra fama,
aunque aventure la vida:
marche el campo àzia la playa,
y toca à embarcar. *Mar.* Teneos,
que es repetida ignorancia
presumir de mi grandeza,
que no reconozca hidalga
(que honor, y vida me disteis)
lo que os debe, y lo que os paga,
descubrios, y creed,
que no puede ser ingrata
quien su obligacion confiessa.
Fed. Puesto que con tal instancia
me lo manda Vuestra Alteza,
ya lo estoi. *Descubrese.*
Marg. Yo estoi turbada:
no es Lisardo? *Fed.* No serà,
sino el Duque de Calabria,
del Rey de Napoles hijo.
Marg. Pues còmo tu Alteza estaba
de Jardinero en mi Quinta?
Fed. Porque obligado à la fama
de vuestra hermosura, vine
disfrazado de mi patria,
solo à serviros, señora.
Marg. Aunque una accion tan bizarra,
Principe heroico, me obligue,
mayormente, quando tantas
finezas os debo, es cierto,
que es impossible pagarlas,
sin faltar al juramento,
que inviolablemente guarda
en mi venganza mi pecho.
Y supuesto que restaura
vuestro valor este Estado,
con dexaros en Bretaña
el absoluto dominio,
y vivir yo retirada
en esta Quinta, he cumplido
mi obligacion.
Fed. Si embaraza
essa palabra mi dicha,
tambien me disteis palabra
de ampararme en vuestra tierra
contra el furor, y la saña
de mi mayor enemigo.
Marg. Y estoi, Principe, obligada
à cumplirlo.
Fed. Pues señora,
(ayude amor mi esperanza)
amparadme de vos misma.
Mar. Pues yo, còmo (duda estraña!)
soi vuestro enemigo?
Fed. Como

soi

soi el mismo, que en campaña
derribò al difunto Enrique,
cuerpo à cuerpo, y lanza à lanza,
y despues le dì la muerte,
en defensa de mi fama,
y vida, en aquel sarao:
y pues la injuria no agravia,
si no toca en el honor,
y la segunda palabra
os quita de la primera,
pues sin perder vuestra fama
no podeis ser contra mi,
humilde pido à essas plantas,
que pagueis tantas finezas,
como debeis à mi espada,
y à mi pecho.
Marg. Alzad del suelo,
que no puedo ser ingrata
à tantas obligaciones,
quando convencido se halla
mi rencor: y si cruel
rehusàra mi venganza
rendirse à la obligacion,
fuera quebrar la palabra,
que os he dado: esta es mi mano.
Fed. Tu, D. Fernando, què aguardas?
llega à mis brazos, en tanto,
que mi obligacion te paga
lo que te debo.
Marg. Don Juan
pues servisteis en campaña
con valor, pedid mercedes.
Jua. Lo que pido à vuestras plantas,
es que me caseis con Celio.
Marg. Pues còmo (locura estraña!)
con un hombre he de casaros?
Jua. Como yo soi Doña Juana
de Lara, y hermana soi
de aquel Don Diego de Lara,
que Don Fernando, sin culpa
matò junto à mis ventanas
aquella infelice noche,
que en su seguimiento:::
Fern. Basta,
que tan grande obligacion
con mi mano he de pagarla.
Jua. Tuya soi.
Marg. El Duque Carlos
libre à sus Estados vaya.
Fed. Y aqui acaba la Comedia,
perdonad sus muchas faltas.

FIN.

Hallaràse esta Comedia, y otras de diferentes Titulos, en Salamanca, en la Imprenta de la Santa Cruz. Calle de la Rua.